



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VI - Nº 61 Mayo de 2023



*Medianera y Auxiliadora
de los Cristianos*



Rosa Mística

Se dice que la rosa es la reina de las flores, y lo es. Sin embargo, al contemplar ciertos clavelos, tulipanes, orquídeas, nos preguntamos: “Oh, rosa, ¿qué fue hecho de ti?” Sin embargo, en la rosa hay algo de finalizado, de perfectamente armónico, de una belleza constituida más de charme que de pulchrum propiamente dicho, por donde ella aparta todo el resto con naturalidad, con cordialidad, con estima por aquello que está apartando.

Pero, por otro lado, ella es tan perfecta y de tal manera es natural que sea la reina, que no lo empuja lejos, sino que casi atrae alrededor de sí a las otras flores y sonrío. ¡Esa es la rosa!

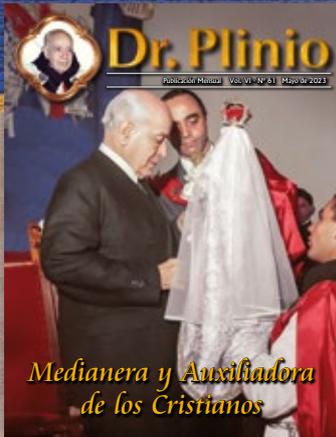
De tal manera es así, que Nuestra Señora es invocada como “Rosa Mística”. No tendría sentido llamarle “Tulipán Místico”, “Clavel Místico” u “Orquídea Mística”... Invocándola como “Rosa Mística” está invocada como debe ser.

(Extraído de conferencia del 30/05/1987)



Sumario

Vol. VI - No. 61 Mayo de 2023



En la portada,
Dr. Plinio en 1982.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

- SEGUNDA PÁGINA**
2 *Rosa Mística*
- EDITORIAL**
4 *María Santísima Medianera*
- PIEDAD PLINIANA**
5 *Para pedir el socorro de los Ángeles y Santos en las tentaciones*
- DOÑA LUCILIA**
6 *Idea de patriotismo muy acentuada*
- LA SOCIEDAD ANALIZADA POR DR. PLINIO**
9 *Proceso de desarrollo de la Revolución tendencial*
- DE MARIA NUNQUAM SATIS**
16 *Auxilium Christianorum en la vía gloriosa de los callejones sin salida*
- REFLEXIONES TEOLÓGICAS**
22 *La búsqueda universal de lo sublime*
- SANTORAL**
26 *Santos de Mayo*
- HAGIOGRAFÍA**
28 *Contemplar el mundo maravilloso de las almas*
- LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA**
32 *Entusiasmo y alegría por el alma guerrera*
- ÚLTIMA PÁGINA**
36 *Hija, Madre y Esposa de Dios*



María Santísima Medianera

Es innegable que en la economía de la Redención del género humano la Virgen María ocupa un lugar especial. Como afirma San Efrén, Dios quiso que, así como el género humano cayó por medio de Eva, la primera mujer, por medio de María, la nueva mujer, la humanidad recibiera la gracia de la salvación.

En los Evangelios, en toda la vida de Nuestro Señor Jesucristo, los hechos más importantes, aquellos que más de cerca se relacionaban con la restauración de la humanidad, no se realizaron sin la intervención de Nuestra Señora.

En las bodas de Caná, el milagro que determinó la fe de los Apóstoles, no fue hecho sin la intercesión de María. Ahora bien, los Apóstoles fueron las primicias de la obra de Jesucristo y los fundamentos de la evangelización de todo el mundo.

Más tarde, cuando se consumó, en la Cruz, la obra de la Redención, ahí estaba la “Mujer” a cuya guarda, en la persona de San Juan, Jesucristo confiaba todos los hombres.

Estos hechos llevaron a los Santos Padres y a los Doctores de la Iglesia a considerar en Nuestra Señora la Maternidad Divina y las consecuencias que se derivan de esta prerrogativa. Si realmente María fue especialmente escogida por Dios para ser Madre de su Divino Hijo, si para este fin la Bondad Divina la preparó con privilegios inefables, como el tan singular de la Inmaculada Concepción, era natural que el Altísimo reservara a la Virgen María una situación especial y profunda en la restauración del género humano.

Eco de todos los Santos Padres y del sentimiento común de los católicos, el Bienaventurado Grignon de Montfort escribió: *“Toda la Tierra está llena de su gloria [de María], especialmente entre los pueblos cristianos, muchos de los cuales la toman por patrona y protectora en sus reinos, provincias, diócesis y ciudades; muchas iglesias consagradas a Dios lo son en su nombre; ninguna iglesia sin un altar en su honra; ninguna nación en que no haya un lugar con una de sus imágenes milagrosas, en el cual todos los males son curados y se han obtenido todo tipo de bienes; tantas congregaciones y cofradías en su honra; tantos Órdenes religiosos con su nombre y bajo su protección; tantos religiosos y monjas de todas as Congregaciones que publican sus elogios y anuncian sus misericordias. No hay niño que no la alabe balbuceando el Ave-María; no hay pecador que, por más endurecido que esté, no ponga en Ella una centella de confianza; no hay incluso un diablo en los infiernos que, temiéndola, no la respete”*.¹

De hecho, no hay gracia concedida por la Misericordia de Dios que no lo sea a través de las manos de María. En el Antiguo Testamento eran los merecimientos de Nuestra Señora que, previstos, movían a la Bondad Divina a distribuir sus gracias a los patriarcas y a los fieles del pueblo elegido. Hoy, en el Cielo, es Ella la dispensadora de los beneficios que nos vienen a este valle de lágrimas. Es precisamente en este hecho que se contiene la mediación de todas las gracias, consagrada por la Iglesia el 31 de mayo.

El dominio, pues, de la Mediación de María Santísima se extiende a todas las gracias conquistadas por Jesucristo. De donde se desprende toda la importancia y necesidad moral de la devoción a la Virgen Santísima para cualquier fiel en el difícil camino al Paraíso. Si es verdad que la Virgen María, en los extremos de su cariño maternal, intercede junto a su Divino Hijo por todos los hombres, no hay la menor duda de que su protección se ejerce de modo, tanto más especial, cuanto más tierna sea la devoción que el fiel alimenta hacia la Virgen Santísima.

¿Qué nombre, entonces, merecería el cristiano que no tuviese con la Madre de Jesucristo acendrado amor y filial ternura? ¿Sería verdadero católico quien no diese a María el culto a que tiene derecho por la excelencia singular con que la distinguió la omnipotencia de la gracia de Dios?²

1) Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen, n. 9.

2) “O Legionario” n. 350, 28/5/1939.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



La Virgen con el Niño - Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona

Para pedir el socorro de los Ángeles y Santos en las tentaciones

Ángeles y Santos, todo el Cielo, venid en mi socorro en esta tentación y expulsad al demonio que busca separarme de nuestra Madre y Reina, María Santísima.

Santo Ángel del Señor, que precipitasteis en el infierno al demonio que ahora me tienta, acudid en mi auxilio y expulsadlo lejos de mí. Decid a mi alma palabras de repulsa altanera, de rechazo lleno de santa indignación, de intransigencia completa contra todo lo que él me sugiere.

San Miguel, modelo perfecto de obediencia a Dios Nuestro Señor, vencid cuanto antes al poder de las tinieblas, aquí y en el mundo entero. Amén.



Idea de patriotismo muy acentuada



Doña Lucilia
en junio
de 1906

Archivo Revista

Además de ser una paulista típica, Doña Lucilia también era una brasileña en todo el sentido de la palabra, y tenía una idea del patriotismo muy acentuada. No obstante, los dos polos de su espíritu eran Portugal y Francia. Sus antepasados eran originarios de una familia muy respetada de Porto, y tenía una admiración especialísima por Francia.

Doña Lucilia fue una paulista característica; aunque muy abierta, muy afectiva hacia todos los otros Estados de Brasil, no tenía exclusivismos. A propósito, se casó con un pernambucano, y cuando ella notaba en mí o en mi hermana trazos del alma pernambucana, muy combativa, le parecía gracioso.

Brasileña en el sentido propio del término

Mi hermana, por ejemplo, tenía una forma de ser muy combativa: lo que quería, lo quería, y no cedía. Generalmente las niñas de São Paulo son

más flexibles, más armoniosas. Ella no. Cierta vez mi madre le preguntó a mi padre:

– ¿De quién sacó la niña ese temperamento?

Él respondió:

– A la tía Memela.

Mi madre preguntó quién era la tía Memela. Se trataba de una tía de mi padre, famosa en Pernambuco por su fuerza de voluntad. Cuando ella quería algo, tenía que ser hecho. La tía Memela incluso usaba una porra. Si alguien de hecho se resistía, le daba un porrazo a los esclavos y a los hijos, pues ella era todavía del tiempo de la esclavitud. Cuando mi her-

mana estaba muy recalcitrante, mi madre sonreía y decía:

– ¡Ahí está la tía Memela!

Además de ser una paulista típica, mi madre era también una brasileña en todo el sentido de la palabra. Tenía una idea de patriotismo muy acentuada y, por lo tanto, no era una persona que admitiese de buen grado que algún país estuviese por encima de Brasil.

A veces mi hermana y yo nos burlábamos de ella, afectuosamente. Hay algunos animales aquí en Brasil que son muy feos. En cierta ocasión hicimos un viaje por el interior de Brasil, en automóvil, y veíamos pasar unos pájaros enormes llamados *se-*

riemas. ¡Son unos monstruos! Yo vi aquella cantidad de seriemas y le pregunté a mi madre:

– Mãezinha¹, ¿qué son esos animales?

Ella, sin percibir que a mí me parecían horriblos, dijo:

– Seriemas.

Y yo, para molestarla, dije:

– Ahí está lo que Brasil produce... es la tierra de la seriemas.

A ella no le gustaba eso. Le parecía que Brasil debía ser tratado con todo respeto.

Dos polos de su espíritu: Portugal y Francia

No obstante, los dos polos de su espíritu eran Portugal y Francia. A ella le gustaba mucho contar que su familia era originaria de Porto, cuáles habían sido los acontecimientos dramáticos que llevaron a su antepasado portugués a huir al Brasil, en qué condiciones se dio la fuga, cómo se instaló en São Paulo...

A mi madre le complacía mucho mostrar esa unión con Portugal. En cierta ocasión, ella conoció a un sacerdote que vino a preguntarle si era de tal familia de Porto. Ella dijo:

– Muy remotamente, sí. Uno de mis antepasados desciende de esa familia.



El Dr. João Paulo,
padre de Plínio

– Ah, porque es una familia muy respetada en Porto. La conozco mucho.

Entonces mi madre les mandó saludos. Cosas de esas a ella le gustaban.

El otro polo – no es necesario decir que especialmente – era la *douce France*.

Cirujano de fama mundial y médico del Kaiser

Pero, para que vean cómo era el patriotismo de Doña Lucilia, cuento el siguiente episodio.

Cuando mi madre tenía un poco más de treinta años, estuvo muy en-



Plínio y su hermana Rosée en París, en 1912

ferma. Los médicos en São Paulo le dijeron que era necesario extraerle la vesícula biliar. Pero, hasta aquel momento, no se hacía ese tipo de operación en Brasil. Había un gran médico alemán, el Dr. Bier, cirujano de fama mundial, que le había extraído la vesícula biliar a una señora de la India. Fue el primer caso en la Historia. Doña Lucilia sería el segundo caso en someterse a ese riesgo. Pero no habiendo otro remedio, quiso disponerse a eso.

Fue a Europa y se sometió a la cirugía. El médico iba todos los días a verla; le gustaba mucho conversar con ella, y aunque mi madre no hablaba alemán, conversaba con él en francés.

El Dr. Bier era también médico del Káiser Guillermo II. Cierta día, él llegó al pie de su cama y, no sin cierta ingenuidad asombrosa – como médico, él tenía la obligación de evitar cualquier cosa que contrariase a





DOÑA LUCILIA

su paciente, pero creo que no percibió lo que estaba haciendo—, dijo:

– Señora, tengo que contarle una cosa que la va a animar.

Mi madre preguntó amablemente:

– ¿Qué es, Doctor Bier?

– Estuve hoy temprano con el Emperador para examinarlo, y lo encontré con su Estado Mayor. Ud. no sabe lo que tenían encima de la



Guillermo II y sus generales



El Dr. August Bier

mesa y estaban analizando: era un mapa de Brasil, y estudiaban la posibilidad del desembarco de un escuadrón alemán para tomarse una porción del país, estableciendo una colonia allá.

¡Es lo último que él debía decirle a una persona recién operada! Pero creo que él consideraba un honor tan grande para una región el hecho de ser colonizada por Alemania, que es la única explicación que encuentro...

Indignación y protesta de Doña Lucilia

Entonces, él le explicó que en el Estado de Santa Catarina ya vivían muchos alemanes y, por lo tanto, podían enviar más. Por otro lado, Alemania tenía tales tropas, tales na-

víos... y le contó a ella toda la historia. Y mi madre oyendo aquello con frialdad.

Él le preguntó:

– ¿Por qué Ud. está así?

– Es natural, Doctor. ¿Ud. en qué está pensando? Ud. está hablando de cortar mi patria, someter una parte de ella a la suya; ¿Ud. piensa que yo estoy contenta de algo como eso? ¡Estoy indignadísima y protesto!

– ¿Pero su país tendría medios de oponerse a eso?

– Mire, nosotros tenemos bosques muy densos, y dentro de ellos, indios con flechas envenenadas. Ellos huirán hacia el interior de las selvas, ustedes los persiguen y reciben una lluvia de flechas envenenadas que vienen de todos lados, ¡y bien que se lo merecerían!

Él sacó un cuadernillo y tomó nota:

– Le voy a contar esto al Káiser.

Era un gran médico, realizó una excelente operación; ella lo estimaba mucho, pero el Dr. Bier no se dio cuenta de la situación psicológica de su cliente. Un gran médico debe ser un poco psicólogo, pero él no se dio cuenta.

Al día siguiente él volvió a examinarla y le dijo:

– Señora Oliveira, tengo un recado del Káiser para Ud.

Mi madre pensó que él nunca más trataría de la cuestión, y preguntó:

– ¿Qué?

– El Káiser le mandó saludos y sus simpatías, porque aprecia mucho a las señoras patriotas, tal como Ud. se mostró.

Creo que el Káiser percibió que su médico había cometido un error y quiso arreglarlo un poco de esa forma. Es un modo amable de intentar contornear el problema. Pero ella no estaba para eso; hizo una fisionomía contrariada y dijo:

– Mire, dígame al Káiser que yo no acepto sus saludos. Si va a visitar Brasil con intenciones amistosas, está muy bien. Con la intención de tomárselo... ¡no cederemos ni una pulgada!



(Extraído de conferencia del 16/9/1985)

1) En portugués, diminutivo afectuoso de “mamã”, con el cual el Dr. Plinio trataba a Doña Lucilia.



Proceso de desarrollo de la Revolución tendencial

Los hombres son influenciados por la opinión y por los ejemplos. Entre tanto, debido al desorden instaurado por el pecado original, frecuentemente se hace necesario romper con la opinión pública a fin de orientarse por aquello que, en el orden de la gracia y de la Redención, la substituye.

Pasemos a analizar estos mismos principios ¹ en relación a la sociedad humana. Respecto a la fuerza de atracción de la opinión pública, es posible establecer una verdadera doctrina. Inicialmente podríamos preguntarnos en qué debería consistir la opinión pública en el Paraíso terrenal, si Adán y Eva no hubiesen pecado y su descendencia allá hubiese continuado. ¿Habría una opinión pública? ¿Cuál habría sido su fuerza y su dinamismo?

¿Cómo sería la opinión pública en el Paraíso terrenal?

Para responder esas preguntas, se hacen necesarias algunas consideraciones. Como punto de partida debemos tener presente que en el Edén el hombre no estaba sujeto al error. De donde se concluye que todas las opiniones serían iguales. Y esto porque si no fuesen iguales serían diferentes y, por lo tanto, necesariamente una debería estar equivocada. Luego, en el Paraíso terrenal, debería haber una uniformidad de pensamiento absoluta.





Un análisis más profundo nos muestra que esa concepción es errónea. Una vez que cada hombre tiene una luz primordial ² diferente, y ve en la realidad algún aspecto de un modo más completo que otros, sin ser necesario que se diga que el prójimo esté equivocado, se puede afirmar, que cada hombre es más especialmente dotado para ver un determinado aspecto de la Creación.

Tres o cuatro artistas que, frente a un cuadro de un gran pintor, comencasen a tejer consideraciones, si bien estén viendo el mismo cuadro, cada cual, con la sensibilidad artística que le es peculiar, observa en el lienzo un conjunto de aspectos que los otros no ven, y siente lo que los otros no sienten.

Así, en una conversación que se realizase antes del pecado original no habría discusión, toda vez que nadie estaría en error, pero cada uno opinaría para completar el pensamiento del otro. La opinión pública sobre un determinado asunto antes del pecado original, sería, por lo tanto, el conjunto de las impresiones de todos los hombres respecto a aquel problema. En otras palabras, sería el máximo grado de verdad, a la que los seres humanos podrían llegar, con respecto a determinada cosa.

Es evidente que una opinión pública así concebida, debería constituirse, para los hombres, en una autoridad extraordinaria y en una no menor satisfacción. Según este orden de cosas, el hombre necesitaría dejarse ilustrar y guiar por la opinión pública, la cual, estaría dotada de una fuerza natural inmensa. El hombre, por su propia naturaleza, fue hecho para pensar y actuar en función de una opinión pública.



Cardenal Merry del Val el 24 de junio de 1914

Giuseppe Felici (CC3.0)

El magisterio de los hombres pasó a pertenecer a la Iglesia

Con el pecado original, los hombres se hicieron pasibles del error, si bien que continuasen con la tendencia a dejarse gobernar por la opinión pública. Esta, a su vez, también pasó a ser pasible de errores, de manera que la situación del hombre se volvió dolorosa: por un lado, permaneció con un deseo enorme de concordar con la opinión pública y, por otro, se sintió en la obligación de ejercer un control sobre ella.

Discordar de la opinión pública, es una de las cosas más desagradables a la que el hombre se somete. Supongamos un grupo de personas en la que cada uno se jacta de una inmoralidad que practicó. En determinado momento le preguntan a alguien del grupo: “¿qué hizo ayer por la noche?” Si el joven responde que se fue a dormir, hay una especie de desaprobación general. “Este aburrido se fue a dormir; ¡es un bobo!” Y el joven, que era el único con la razón en aquel

grupo –y que bien podría llamar a todos los otros de bandidos–, no tiene coraje de hacerlo y se calla. Esto, porque es terrible el peso de la opinión pública.

Situaciones como esta, son difíciles de enfrentar porque el hombre está hecho de tal manera, que la opinión de sus semejantes a su respecto, tiene un peso enorme. Entre tanto, debido al desorden instaurado por el pecado original, el hombre debe romper con la opinión pública, a fin de orientarse por aquello que, en el orden de la gracia y de la Redención, sustituye a la opinión pública: la Infallibilidad Pontificia. El magisterio de los hombres en el Paraíso

era dado por la opinión pública; hoy en día, como ésta perdió el carácter infalible que poseía, aquél pasó a pertenecer únicamente a la Iglesia.

Entre tanto, frecuentemente encontramos una oposición entre la Iglesia y la opinión pública. Siempre que esto sucede, debemos, evidentemente, permanecer fieles a la Esposa de Cristo y contrarios a todos los que piensen de manera diferente. Esta ruptura con la opinión pública, para permanecer fiel a la Infallibilidad Pontificia, es uno de los esfuerzos más violentos que el hombre necesita hacer, una vez que, en todas las ocasiones, él tiende a inmolarse a la opinión general.

“Contagiabilidad humana”

Los hombres son contagiables por las opiniones y por los ejemplos. De ahí podemos sacar un principio que llamaríamos de la “contagiabilidad humana”, el cual es corolario del anterior.

Imaginemos, a título de ejemplo, que viviésemos con el Cardenal Merry del Val, Secretario de Estado de San Pío X. Es evidente que esto ejercería

un gran efecto sobre toda la residencia en que viviésemos: un hombre de ese porte de alma, llena una casa. A la hora de la cena, ocuparía la cabecera; de manera instintiva apagaríamos la radio que está dando el último noticiero. Él comienza a conversar. Evidentemente nadie tendría coraje de preguntarle: “Eminencia, ¿supo del chiste del portugués y del turco?”

Él ni siquiera entendería una cosa dicha en ese nivel; daría una tan gélida risa protocolaria, que enseguida se comprendería el error cometido, y se elevaría el nivel de la conversación. A este contagio de dignidad que se produciría con la simple presencia del Cardenal Merry del Val, podríamos llamarla de contagio en el plano tendencial.

También existe el contagio en el plano sofisticado. Así, si viésemos en un libro un determinado argumento, acabaríamos por memorizarlo como si fuese materia aprendida en una clase. Pero si un compañero, que ejerce sobre nosotros una cierta influencia, sustentase aquella misma tesis, el argumento parecería tomar vida y pasaríamos a encontrarlo interesante. Se hace tan diferente del argumento leído en el libro,

Samuel Holanda



El Santo Cura de Ars – Catedral de Béziers, Francia

cuanto una mariposa volando es distinta de una muerta en un museo. Adquiere otra vitalidad y otra capacidad de penetración. Es la contagiabilidad.

De donde se deduce, que no hay hecho en la vida social que no produzca un efecto de opinión pública en

el plano Revolución y Contra-Revolución. Dos personas que conversan; si no tienen cuidado, se contagiarán mutuamente. Es imposible que dos hombres se vean, sin que produzcan uno sobre el otro una influencia, por mínima que sea, lo que, de cierto modo, representa un contagio.

Como corolario de la afirmación anterior, podemos decir que un hombre, colocado en un determinado ambiente, o ejerce una reacción constante para no dejarse influenciar, o incluso contra su voluntad, se dejará contaminar por él; la recíproca también es verdadera, o sea, el ambiente sufrirá una influencia de su parte.

Un ejemplo lo tendríamos en la radio. ¿Quién habría de decirnos, antes de su invención, que las ondas emitidas por la torre de la BBC de Londres, llegarían hasta nosotros, y que sería posible escucharlas con solo apretar un botón? Esta es una imagen de lo que sucede con el mundo de las almas. Toda alma, por más apagada y modesta que sea, es en proporciones mayores o menores, una como que torre de la BBC, con ondas más largas o más cortas, pero capaces de llegar hasta muy lejos. La cuestión es detectarlas

Adrien Marquette (CC3.0)



Desfile de los Cadetes de Saint Cyr por la Avenida de los Campos Elíseos, París



Hombres-Clave por vocación divina

Esto nos lleva a otro principio, el de los hombres-clave. Tenemos en la sociedad, algunos hombres en los cuales, esta función de irradiar es particularmente intensa. Esto sucede en tres categorías de hombres que ejercen esa función por:

- 1) vocación divina;
- 2) su estado;
- 3) capacidad personal.

Entre los primeros, esto es, entre los que ejercen esa función por vocación divina, tenemos a título de ejemplo, a San Francisco de Asís. Hay un hecho de su vida, que en el terreno de la Contra-Revolución A

tendencial, que es verdaderamente maravilloso.

Cierta vez, San Francisco invitó a Fray León para predicar juntos un sermón. Salieron del convento, fueron a la ciudad, anduvieron por varias calles y regresaron. A la vuelta, Fray León le preguntó a San Francisco cuál era el sermón que habían ido a predicar, el Santo respondió: el andar por la calle fue el sermón que predicamos. Es precisamente la aplicación del principio arriba enunciado. Ver a un franciscano como San Francisco, tan pobre, tan humilde, tan recogido, tan suave, tan profundo, tan arrobado, tan sobrenatural, es una predicación. El simple hecho de ver pasar por la calle, a un fraile, compenetrado de su vocación, ya es una predicación.

¿Por qué se hacen desfiles para estimular el patriotismo? A primera vista podría parecer que un discurso sería más eficiente, pero en realidad no es eso lo que sucede. Los tanques de guerra que pasan, la caballería con sus clarines, las legiones de infantería redoblando tambores, todo esto atrae enormemente. Cuando, entonces, truenan los cañones y comienza a sonar el himno del país, todos quedan electrizados.

Se da el contagio por el simple hecho de que el ejército pasa, del fraile que camina, de la procesión que canta; impresiones de pocos minutos, pero que marcan el alma profundamente.

Otro ejemplo de hombre-clave por vo-

cación divina es el Cura de Ars. Era poco inteligente y de pobre personalidad; pero solamente de verle predicar en el púlpito, de lejos, incluso sin conseguir oírle, muchos se convertían. El Cura de Ars, pertenece a esa categoría de hombres a quienes Dios les dio la misión de hacer de algún modo translúcido lo sobrenatural, de manera que cerca de ellos, las personas sienten lo que los Apóstoles sentían en el Tabor, junto a Nuestro Señor.

Por estado o por capacidad personal

Junto a aquellos que, por vocación divina, tienen esa misión, hay otros que la poseen por su estado. Los hombres de una alta categoría social, por ejemplo, deben ser personas emblemáticas y que sepan irradiar, emitir determinadas verdades que conserven el cuerpo social.

Podemos citar el famoso caso del Gran duque Nicolás Nikoláyevich³ durante la Revolución comunista. Era un hombre muy alto, de rostro alargado, nariz larga, y con la característica de tener las extremidades de la cabeza, del mentón y de la nariz, terminados por una pequeña perilla blanca. Era hercúleo, eslavo vigoroso, pareciendo salir de los bosques, pero bien peinado y disciplinado.

En su época explotó la Revolución comunista; el fantasmático, débil y tibio Nicolás II abdicó; las olas de la Revolución estaban sin control por parte de San Petersburgo, de modo que estudiantes jóvenes de ambos sexos, borrachos, llevando banderas comunistas, clamaban por la muerte de la era del trabajo intelectual; obreros saqueaban por todas partes. El Gran duque Nicolás Nikoláyevich, al tomar conocimiento de la situación, resolvió salir de su palacio para encontrarse con el Zar e hipotecarle su solidaridad. Entró, con su ayudante de órdenes, en una enorme limusina, se sentó y, lleno de condeco-

Divulgación (CC3.0)



Gran Duque Nicolás Nikoláyevich

raciones, con el quepis en la cabeza, mandó arrancar el auto. Lo inevitable sucedió. A cierta altura los revolucionarios pararon el vehículo y comenzaron a romper los vidrios, intentando matar al Gran duque. Éste se levantó, y en toda su estatura, miró a los revolucionarios y les echó una reprimenda, intimándoles a que se retirasen. ¡Todos se alejaron, y el automóvil llegó al palacio imperial!

El Gran duque era un hombre que tenía por deber de estado reflejar la majestad real, y sabía hacerlo. Como militar debía mantener la disciplina, y sabía simbolizarla; tanto es así, que él solo, dispersó una multitud furiosa.

En ese sentido es necesario decir que cada hombre debe reflejar externamente su papel en la sociedad. Aquello que los franceses llaman *le physique du rôle*, esto es, tener un físico de acuerdo con el papel que se desempeña es algo que se debe exigir de cada hombre. Un magistrado no puede tener un aire de payaso. Si lo tuviese, estaría traicionando su misión. Además de conocer muy bien las leyes, debe ser un hombre que tenga la dignidad de un magistrado. Un militar no puede tener el aspecto de un dandi. El sacerdote no puede tener el aspecto de un laico, y nada peor que un laico con aspecto de sacerdote. Cada papel social precisa tener su aspecto propio, y existe un aspecto para cada papel.

Finalmente, hay personas que tienen ese don de irradiación por capacidad personal. Muchas veces, solamente por su silencio, por su mirada, por una media palabra, por su simple presencia, esos hombres crean una serie de estados de espíritu. Otros tienen la misma cualidad en el terreno de la lógica o del sofisma. Argumentan tan bien que el adversario queda aplastado por la argumentación. Son personas a quienes Dios les dio la tarea de guiar a los otros hacia el bien, dentro del propio orden natural. Y si la persona tiene esa capacidad está obligada a ejercerla.

Instituciones y naciones-clave

Estas consideraciones nos llevan a otro principio: además de las personas-clave, hay instituciones y naciones-clave.

Hubo una isla en Oceanía en la que fueron de misión pocos sacerdotes y una Congregación religiosa femenina. La superiora, al llegar a la isla notó que la población nativa tenía ya un cierto grado de desenvolvimiento; no eran, pues, completamente bárbaros. Entonces se planteó para ella el problema de qué hacer. Si fundase un orfanato podría bautizar a todos los niños que en él entrasen; si construyese un hospital ganaría la simpatía de la población y así conseguiría algunas conversiones. Entre tanto, después de hacer varias conjeturas, resolvió fundar una escuela para la formación de profesoras primarias que enseñasen a la población a leer y escribir. En poco tiempo la escuela estaba repleta. Las alumnas del curso fueron bautizadas en gran cantidad, y se hicieron profesoras primarias católicas. Toda la enseñanza básica de la isla cayó en las manos de esas religiosas, y en veinte años la Religión Católica estaba sólidamente establecida. Esa escuela fue una institución-clave.

Si aquella Congregación se hubiese dedicado a la fundación del orfanato, habría hecho una obra muy buena, pero no la obra-clave.

Poquísimas son las personas que tienen la preocupación de colocarse



en los puntos estratégicos. En lugar de procurar ver cuál es la obra-clave, realizan la primera idea agradable que les pasa por la mente.

El demonio siempre está rugiendo alrededor del hombre

Después de haber analizado los principios de las Revoluciones A y B referentes al individuo y a la sociedad humana, pasaremos a mostrar cómo fue el proceso de la Revolución tendencial a través de los siglos, desde la Edad Media hasta nuestros días.

¿Como se desenvuelve una Revolución tendencial en el plano A? Cuando consideramos los varios desenvolvimientos por los cuales pasó en una determinada sociedad, a lo largo de los siglos, vemos que el proceso de



Encuentro de San Francisco con Santo Domingo,
Monasterio de Santo Tomás, Ávila, España

ese desarrollo es análogo al que se pasa en un alma humana, pero a cámara lenta. En otras palabras, cuando estudiamos la Revolución en el plano A, notamos que se realizó según los mismos procesos psicológicos y lógicos a través de los cuales un hombre decae. Esto significa que la caída de la Civilización Cristiana sucedió a través de los siglos, como un cuerpo único que poco a poco se deteriora.

Anteriormente vimos, que para incendiar un bosque era necesario

un trabajo preliminar que lo hiciese combustible. Debemos preguntarnos, pues, ¿cómo se dio la combustibilidad de la Civilización Cristiana? ¿Cuál fue la naturaleza de la inyección aplicada a los árboles del frondoso bosque, la Civilización Cristiana, para que se hiciesen combustibles? Respondiendo a esas preguntas, comprenderemos cómo es que se procesa el fenómeno de la Revolución A.

Imaginemos una civilización completamente católica, en la cual las

personas sean fieles, piadosas, religiosas y vivan de acuerdo con la Ley de Dios. ¿Cuál es uno de los principales pasos para el inicio del derrumbamiento?

En una aldea, por ejemplo, de una sociedad enteramente católica, la vida temporal se va ordenando y todo anda muy bien, porque todos siguen los Mandamientos de la Ley de Dios. En estas condiciones, los riesgos, la tentación propia a este estado tan regular y normal de una sociedad es que, habiendo llegado a ser tan buena, el hombre se olvide del Cielo y tienda a vivir solamente para la sociedad. Las personas son, entonces, tentadas a perder el espíritu de sacrificio y a vivir, tan solamente, en función de una patria terrena agradable. Es lo que nos enseña San Agustín en una frase lapidaria: “Dios mío, Vos creasteis la Iglesia para llevar a las almas al Cielo, pero ella organiza tan bien la vida en la Tierra que se tendría la impresión de que solo para esto la creasteis”.

Imaginemos, pues, la pequeña aldea católica en un domingo por la mañana, cuando todos visten sus trajes de fiesta y la campana de la iglesia repica alegremente. Van a Misa, comulgan, el párroco hace un sermón, se saludan y se dirigen para sus casas donde les espera un abundante desayuno. Algunos descansan, otros salen a la calle. Llega el almuerzo, se mata un pavo, se hace la siesta. Por la tarde hay alguna inocente fiesta pública de danzas regionales. A la noche, bendición con el Santísimo Sacramento; en casa, conversaciones respecto a los acontecimientos, y finalmente un profundo sueño reparador.

Pequeña vida cotidiana, transcurrida alegremente al son del repique de las campanas, al toque del órgano, al olor de los pavos, con la risa de las jóvenes. ¡Cómo todo eso se vuelve delicioso en el transcurso de una vida humana llena de las bendiciones de Dios!

¿Llena de las bendiciones de Dios? ¡Eh! aquí la pregunta que se

plantea, porque todo eso abstrae del hecho de que la Civilización Católica, por más perfecta que sea, nunca elimina el pecado original, por una parte, ni el demonio por otra, que siempre está rugiendo alrededor del hombre.

Cuando aquellas situaciones se consolidan, satanás pasa a no tentar más a las almas, a fin de adormecerlas y así conducir las más fácilmente.

Dos grandes Contra-Revoluciones hechas por la Orden Benedictina

En ápices de la Civilización como ese, ¿de quién es la misión de mantener los ojos vueltos para el Cielo? Del clero en primer lugar y especialmente de las Órdenes religiosas, que representan dentro de la Iglesia el estado de perfección, y a quien cabe inculcar la idea de oración, de recogimiento y de mortificación.

La Historia de la Revolución y de la Contra-Revolución en la Edad Media, en el plano A, es la Historia de las Órdenes religiosas. No hubo mayor Contra-Revolución en la Historia que la de dos grandes hechas por la Orden Benedictina. La primera de ellas fue la organización de las misiones, con la que se edificó la Edad Media; la segunda fue la gran reforma de la Edad Media realizada por los benedictinos de Cluny, elevando la sociedad a un ápice de civilización.

Tuvimos, además, las reformas de Santo Domingo y de San Francisco, las cuales se inter-penetran y atestiguan, una vez más, el importante papel de las Órdenes religiosas. Así se realizó, el famoso sueño del Papa Inocencio III, en el que vio la Basílica de San Juan de Letrán – que representaba toda la Iglesia Católica – agrietada y siendo sustentada, ora por Santo Domingo, ora por San Francisco. Esta iglesia resquebrajada era el comienzo de la Revolución, La Cristiandad estaba ten-

diendo hacia la vida mole, el relajamiento, la pérdida del sentido del sacrificio, de lo sobrenatural, inundada de los bienes naturales de la Civilización Cristiana. San Francisco por la caridad y Santo Domingo por la lógica re-irguieron en conjunto la Edad Media.

Pero ya en esa época, tales Órdenes religiosas presentaban un comienzo de decadencia, y por misteriosos designios de la Providencia, no hubo una Orden nueva que restaurase la sociedad en su fervor primitivo. Entonces, los árboles comenzaron a hacerse combustibles, esto es, los fieles comenzaron a volverse hacia el goce de la vida. En sus comienzos, el goce de una vida

honrada; sin embargo, cuando un hombre se abandona al goce de una vida honrada, estamos en las vísperas del día en que comenzará a encontrarla pesada y preferirá la vida deshonrada. ❖

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencia de 1964)

- 1) Ver Revista Dr. Plinio N° 59
- 2) Expresión acuñada por el Dr. Plinio para indicar la aspiración existente en el alma de cada persona para contemplar a Dios de un modo propio.
- 3) Nicolás Nikoláyevich (* 1856 - +1929), fue Comandante Supremo del Ejército Imperial Ruso.



El Dr. Plinio en 1964

Auxilium Christianorum en la vía gloriosa de los callejones sin salida

Al considerar la dolorida y gloriosa vía de los callejones sin salida que tuvo que recorrer, el Dr. Plinio se preguntaba: “Si Nuestra Señora me diese a elegir entre esta vía u otra cualquiera, ¿cuál preferiría? Y su respuesta sería: “Madre mía, si Vos me diereis fuerza, ¡elijo la avenida de los callejones sin salida!” Avenida de lo inexplicable, de la aparente catástrofe, de la derrota, del arrasamiento, pero de la victoria que se afirma. Porque toda situación difícil tiene salida. A veces no vemos la solución, pero Ella está dando una salida monumental.

Hay una pequeña imagen de Nuestra Señora Auxiliadora que nos acompaña desde hace mucho tiempo. Yo la dejaba en la sede de la Acción Católica de São Paulo, mientras afilábamos los instrumentos para lanzar “En Defensa de la Acción Católica”.

Conducida a la Sede del “Legionario” para que luchase dentro de la trinchera

No puedo olvidarme del salón donde la Acción Católica, a dos pasos de mi oficina de abogacía en el mismo predio, tenía su sede. Allí, en una peana,

estaba esta imagen que yo mismo compré e instalé, y que, con mis propias manos, llevé después a la sede del Legionario cuando tuvimos que entregar la Acción Católica al adversario, para que la Reina, salida de su trono, luchase dentro de la trinchera. Me acuerdo, y con cuánta emoción, de que, entregado el Legionario, esa imagen fue llevada a nuestra sede de la Rua Martim Francisco 669, donde ocupábamos exclusivamente la planta baja y teníamos al fondo un oratorio pequeño, en el cual la imagencita poseía su altar; allí nosotros rezamos a Nuestra Señora de modo ininterrumpido, hasta que la hora de la reconquista comenzase.

Habiendo aumentado nuestro contingente, pasamos a ocupar una sede en el sexto piso de la Rua Vieira de Carvalho; allá llevamos la imagen, y obtuvimos un retablo que se encuentra hoy en la capilla de la Sede del Reino de María¹. En la sede de la Vieira de Carvalho la imagen fue entronizada y delante de ella fueron rezadas innumerables Misas, distribuidas Comuniones, en un movimiento intenso de piedad hasta que la reconquista dio otro paso.

Dejando dos pisos en un predio de departamentos, pasamos a un palacete de la Rua Pará. Para esta nueva sede, nosotros mismos llevamos la imagen, a la noche, en un automóvil, rezando durante todo el tiempo del recorrido, y la instalamos en su altar, el mismo que ella ocupaba en la Rua Vieira de Carvalho. Allí estuvo ella hasta el momento en que pasó para la mayor de las sedes, hasta ahora, de nuestro Movimiento, la de la Rua Maranhão. Allí ella es objeto de nuestra continua veneración.

No es una gran obra de arte, sino una imagencita de yeso de esas fabricadas en serie y que se encuentran por todas partes, de un tipo religioso llamado sulpiciano, que es bien conocido y que no voy a describir aquí.

Algo de virginal y al mismo tiempo materno

¿Por qué motivo juzgué que había realizado un hallazgo encontrando esta imagen? Me pareció de una expresión fisiognómica, de una serenidad interior que provenía de la templanza. La templanza es la virtud cardinal por la cual se tiene por cada cosa el grado de aprecio o de repudio que es proporcional a todas las circunstancias. Nunca se quiere una cosa exageradamente ni menos de lo que merece, y jamás se detesta algo exageradamente ni menos de lo que merece. La completa execración hacia las cosas totalmente execrables forma parte de la virtud de la templanza.

Esa disposición de alma me parece relucir mucho en esta imagen. Discreta-mente, ella es tan calma, tan señora de sí, está de tal manera pronta a tomar actitud delante de cualquier cosa de modo enteramente proporcionado, y tan desapagado de sí que me pareció el propio símbolo del equilibrio que es el corolario de la virtud de la templanza. Y por eso mismo con algo de virginal. Ella tiene cualquier cosa de puro, de virginal, que me encantó, y al mismo tiempo algo de materno por donde parece estar mirando hacia su Hijo, sonriendo y pronta para accionar el cetro de Reina decisivo, según el pedido que se haga.

Ella es Auxilio de los cristianos verdaderamente y con esta simbología: Nuestra Señora con la corona abierta porque en presencia del rey nadie usa corona cerrada. El Niño Jesús está de corona abierta, ¡pero debería ser cerrada! Él se encuentra en su brazo con los bracitos abiertos, sonriendo. Se ve que María Santísima pidió y Él sonrió; los brazos abiertos son fruto de la plagaría de su Madre. Nuestra Señora está mirando complacida para ver cómo su pobre hijo, arrodillado allí, se encanta observando a su Hijo por excelencia sonreír y abrir los brazos. Es el auxilio. Aquella que nos consigue de Aquel que es el Autor, la fuente última de todas las gracias, todo aquello

que nosotros pedimos. Ella me pareció al mismo tiempo muy regia, pero muy simple. Y todo esto junto de tal manera que la expresión global de la imagen me agradó enormemente.

Lirio nacido del lodo que florece en la noche, durante la tempestad

¿Por qué, hablando de la devoción a Nuestra Señora Auxiliadora *in genere*, yo pasé, de repente, a las varias etapas de los actos de piedad realizados en función o en presencia de esta imagen y, de algún modo, a la historia de la TFP?

A fin de marcar que el sentido profundo de todas nuestras derrotas era un retroceso de la devoción a María Santísima como hecho que se expresaba por todo Brasil, pero también que nuestra reconquista era una reconquista de la devoción a Nuestra Señora. Y tenemos la alegría de poder afirmar que todo el terreno por nosotros reconquistado por el Brasil, paso a paso, fue reconquistado para Ella. ¡Reconquistado para Ella es decir poco! ¡Fue reconquistado por Ella! Si a todo momento la Virgen María no nos hubiese ayudado, no hubiésemos recurrido a Ella; si no hubiésemos sentido su apoyo maternal, no habríamos hecho cosa alguna. Cuando la TFP lle-



Dr. Plinio durante una conferencia en 1985



ga a sus cimas y, por ejemplo, considere los bellos resultados que aquí en esta noche fueron proclamados, ella debería decir que estos son los hechos de Nuestra Señora en las regiones rurales del Brasil.

¿Qué especie de hechos?

Sobre todo, y antes de nada, los realizados en nuestras propias almas. Es decir, que haya una organización como la TFP con un número de miembros absolutamente hablando reducido, mas proporcionalmente enorme de socios y cooperadores, y ahora en esta semana la nueva corriente de corresponsales con esta mentalidad, estas costumbres, este estilo de piedad, con toda la borrasca que existe en torno de nosotros, esto es verdaderamente el lirio nacido del lodo que florece en la noche, durante la tempestad. Mas cuando se dice “lirio nacido del lodo”, se recurre a una metáfora para afirmar que está sucediendo algo de enteramente inverosímil, inexplicable como la flor de edelvais que brotó en el Desierto del Sahara. Fue, por tanto, la Madre de Misericordia, la Medianera de todos las gracias, que presentó nuestra oración a su Divino Hijo y obtuvo que fuese atendida.

Corredentora del género humano

¿Cuál oración? Antes que nada la oración por la cual nosotros le pedimos que nos dé la gracia de amarla cada vez más, de ser de Ella, de confiar en Ella, de unirnos a Ella y que Ella se una a nosotros. La gran y fundamental oración es que María nos torne devotos de Ella.

Veo a alguno que podría decir: “¿Pero entonces queda encaminada a un segundo plano la devoción suprema, el culto de latría a Nuestro Señor Jesucristo? ¿Qué revuelta es



Archivo Revista

ésta: ¿el culto de dulía sustituyendo al culto de latría?”

Quedo con ganas de responder: “¡Qué burricie es esta?” Nuestra Señora es el canal necesario, único, para llegar a Nuestro Señor Jesucristo. Y si nosotros de tal manera aplaudimos y veneramos a la Santísima Virgen es porque adoramos a Aquel a quien Ella conduce. Ella es el camino por el cual Él vino a nosotros. En Ella Jesucristo se encarnó para después redimir al género humano; Ella es la Corredentora del género humano. Cuando subió al Cielo, Él dejó a su Madre para atenuar un poco la tristeza y el inmenso vacío que quedó en la Tierra Teniendo todo esto en vista, si nos agarráramos bien a Nuestra Señora, iremos hasta Él; si no nos agarráramos a la Santísima Virgen con todas las fuerzas de nuestra alma, ¿adónde iremos? ¡Para abajo! Y sabemos bien quién está abajo...

Carta de un sacerdote jesuita

Me acuerdo que nuestro Grupo estaba en uno de sus momentos más crueles, en la lucha de “En Defensa de la Acción Católica”. Yo había tenido una pequeña esperanza de que una editorial de Montevideo, de gran expresión en aquel tiempo, publicase “En Defensa” en español. Ella me envió una carta, pidiendo autorización a fin de traducir la obra al español, y yo había concordado. Mas la editorial me remitió otra misiva, diciendo que no se interesaba más por la publicación; era naturalmente la calumnia que había llegado hasta allá. Poco después recibo otra carta de Montevideo. La abro pensando: ¿Qué nuevo sinsabor será esta? Era escrita con una letra temblorosa de alguno que parecía ver poco y empuñaba mal la pluma.

Se trataba de un viejo sacerdote jesuita que yo no conocía, el cual decía en su carta, resumidamente, lo siguiente: “Por más que ustedes sean combatidos, yo los aprecio mucho y por causa de eso les doy aquello que puedo conceder: mis oraciones, en primer lugar; en segundo lugar, un consejo. Uds. valen lo que valen porque son muy devotos de Nuestra Señora. Sean cada vez más devotos y no hay bien que no les sucederá; no disminuyan jamás en un grado que sea esta devoción, iporque de lo contrario todo el mal podrá venir sobre ustedes!” Yo doblé la carta y pensé: “Este viejo moribundo regó con un poco de consuelo el alma de aquel que está en plena lucha.”

Quiero creer que la piadosa alma de este verdadero hijo de San Ignacio esté a los pies de su Fundador en el Cielo, gozando de la visión beatífica y mirando a Nuestra Señora. Pido a él que rece por todos nosotros, para que sigamos ese consejo. Mas para eso, mis amigos, es capital un punto: no basta no decaer en la devoción

a Nuestra Señora; o se sube cada día más, o se para, y aquello que para, decae. No tengamos miedo de exagerar desde que seamos fieles a la Doctrina Católica, en materia de culto a la Santísima Virgen, porque *De Maria nunquam satis*, dice San Bernardo: sobre Nuestra Señora jamás hay lo que baste. Ella sabrá después premiar.

Si Judas hubiese procurado a Nuestra Señora, Ella lo recibiría con bondad

Nuestra Señora Auxiliadora de los Cristianos... ¿Para María Santísima no es una gloria mayor ser Madre de Dios, además Corredentora del género humano, concebida sin pecado original? ¡Claro! ¿Por qué, entonces, tanta insistencia en torno a esta invocación de Nuestra Señora Auxiliadora?

Es comprensible. Como Ella es Madre de Nuestro Señor Jesucristo y es nuestra Madre, está permanentemente dispuesta a ayudarnos en todo aquello que necesitamos. San Luis

María Grignon de Montfort tiene una expresión que parece exagerada, pero está absolutamente dentro de la verdad: él dice que, si hubiese en el mundo una sola madre que reuniese en su corazón todas las formas y grados de ternura que todas las madres del mundo tendrían por un hijo único, y esa madre tuviese un solo hijo para amar, ella lo amaría menos de lo que Nuestra Señora ama a todos y cada uno de los hombres. De manera que Ella es de tal modo Madre de cada uno de nosotros, nos quiere tanto, por más desvalido, descarriado, espiritualmente tambaleante que se sea, que si nos volvemos hacia Ella, su primer movimiento es de amor y de auxilio. María Santísima nos acompaña incluso antes de volvernos hacia Ella, pues tiene conocimiento de lo que ocurre con todos los hombres, en todos los lugares. Ella me ve aquí hablando de Ella, y yo oso esperar que, por la intercesión de nuestros ángeles en el Cielo, Ella sonría. Ella conoce, por lo tanto, nuestras necesidades, y por su intercesión tenemos la gracia de volvernos hacia Ella. Ella es quien le pide a Dios que obtengamos esa gracia y Dios nos la concede. Nosotros nos dirigimos a Ella y la primera pregunta que Ella hace es: “Hijo mío, ¿qué quieres?”

Ya vi una afirmación, que no era de un gran teólogo, pero tengo la impresión de que es verdadera: si el propio Judas Iscariote, después de haber vendido a Nuestro Señor y estar caminando hacia el lugar maldito donde se ahorcó, hubiese tenido un momento de devoción hacia la Santísima Virgen y le hubiese rezado, habría recibido un apoyo. Si la hubiese procurado y le hubiese dicho: “Yo no soy digno de aproximarme a Vos, de veros, ni de dirigirme a Vos, soy Judas, el inmundo... Pero Vos sois mi Madre, itened pena de mí!”, Ella habría recibido con bondad al hombre cuyo nombre es sinónimo de la torpeza más baja y más asquerosa, y que nadie debería pronunciar, por así decir, sin gestos de repulsa: Ju-

das Iscariote... ¡Hasta él hubiese recibido un auxilio de la Virgen!

La bella avenida de los callejones sin salida

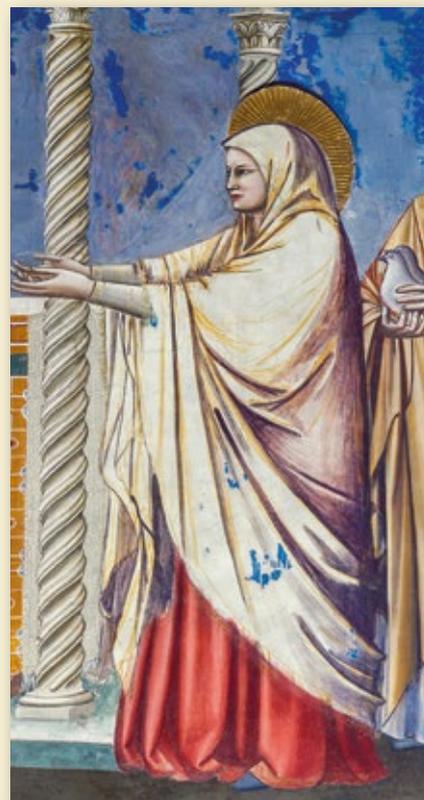
Pero nosotros tenemos una dificultad de tener esto siempre presente. ¿Por qué? Porque no lo vemos con los ojos del cuerpo, y en nuestra miseria, muchas veces somos de aquellos que no creen porque no ven. No dudamos, pero olvidamos. Nos sentimos tan desorientados, que decimos: “¿Pero será así realmente? Me pasó esto, aquello y aquello otro. Le pedí a Ella y no fui socorrido; ¿por qué voy a creer que ahora seré ayudado? Madre de misericordia... conmigo a veces sí y a veces no...”

En esas horas debemos decir: *“Auxilium Christianorum, iora pro nobis!”* En los momentos en que no comprendemos, no tenemos noción de cómo será la salida del caso, de lo que va a suceder, debemos repetir con insistencia: *“¡Auxilium Christianorum!”*

Gabriel K.



Gabriel K.





¡Auxilium Christianorum! ¡Auxilium Christianorum!” Porque todo caso tiene salida. Nosotros a veces no vemos la solución, pero Ella está dando al asunto una salida monumental.

Cuando recuerdo la historia de nuestras catástrofes, de nuestros nuevos erguimientos, de nuestra dolorida y gloriosa vía de los callejones sin salida, volviéndome hacia atrás me pregunto: “Si Ella me diese a escoger esta vía de los callejones sin salida u otra cualquiera de las que yo imaginara, ¿cuál preferiría?” Yo habría respondido: “Madre mía, si Vos me diereis fuerza, ¡escojo la avenida de los callejones sin salida!” Avenida de lo inexplicable, de la aparente catástrofe, de la derrota, del arrasamiento, pero de la victoria que se afirma. ¡Cómo es bella la avenida de los callejones sin salida! ¿Por qué? Porque es la avenida triunfal de Nuestra Señora. Ella abre los callejones sin salida, transforma esa cosa monstruosa – una avenida dividida en callejones sin salida– y hace de eso una avenida. Se comprende la providencia de María Santísima. ¡Es una verdadera maravilla!

Por lo tanto, a ese título muy especial, debemos repetir siempre: “*¡Auxilium Christianorum!*” Somos tan pocos, tan perseguidos, tan aislados, muchas veces tan probados interiormente, hay tanta cosa que pasa dentro de nosotros mismos y en torno de nosotros, sentimos tanto adversario que ruge, hay toda especie de distancias, que necesitamos decir constantemente: “*¡Auxilium Christianorum! ¡Auxilium Christianorum!*”, para que quede claro que la victoria fue de Nuestra Señora. Nuestra insuficiencia proclama

rum, ora pro nobis! ¡Auxilium Christianorum, ora pro nobis!”

La Batalla de Lepanto

Tenemos un ejemplo de eso en la Batalla de Lepanto, tan relacionada con la fiesta de hoy, en la cual se dio esto: la escuadra católica estaba enormemente desproporcionada en relación con la escuadra mahometana. Eso ya era una cosa de no entender. ¿No sería más comprensible que Nuestra Señora hubiese reunido una escuadra católica potente, magnífica, para aplastar a aquellos impíos seguidores de Mahoma? Sin embargo Ella no hizo eso. Era una escuadra pequeña, tal vez casi se pudiese decir raquítica.

Surge la escuadra musulmana que forma la media luna y va cercando a los católicos. La batalla se inicia y hay varios reveses de los católicos. En cierto momento, estos saltan en la nave capitana enemiga y comienzan a atacar. Hay algunos éxitos, la escuadra mahometana huye. Ellos mismos no comprenden bien por qué huían. Pero en los anales encontrados de los propios mahometanos está escrito: “La escuadra huyó porque una Dama terrible apareció en el cielo y nos miraba con un aire de tal amenaza que...” ¿No fue bueno que los católicos fuesen tan pocos, luchasen como héroes de un modo más o menos inútil, porque los otros eran mucho más fuertes? Pero Ellos no dejaron de confiar en Nuestra Señora. Y como resultado la Virgen María se apareció y ahuyentó a los enemigos. No hay nada de más bello.



Batalla de Lepanto – Monasterio de la Visitación, Jerusalén

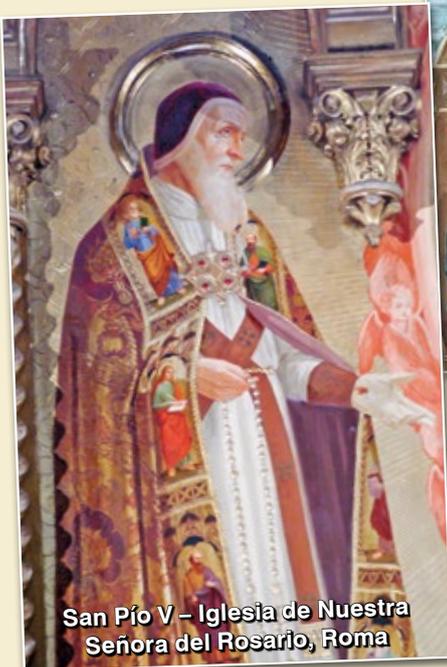
Gabriel K.

su victoria. ¿Cómo no podremos quedar entusiasmados con la idea de que Ella nos hizo tan pocos, para que Ella fuese tan ampliamente glorificada? ¡Es evidente! Esta oración debe estar en nuestros labios en todos los momentos: “*¡Auxilium Christianorum, ora pro nobis! ¡Auxilium Christiano-*

“Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan”

Terminemos con un dato final. Desviemos nuestras miradas de Lepanto y volvámoslas hacia los

Rodrigo C. B.



San Pío V – Iglesia de Nuestra Señora del Rosario, Roma

Sepultura de Don Juan de Austria – Monasterio del Escorial, España



Queridos, recemos, por lo tanto: *“Auxilium Christianorum! Auxilium Christianorum! Auxilium Christianorum!”* en todas las circunstancias de nuestra vida. Y en la hora de morir, cuando estemos en el úl-



esplendores del Vaticano. En una sala, un Papa santo –San Pío V– preside una reunión de cardenales. Pero lo mejor de su atención está puesto en aquella escuadra que, con una dificultad diplomática enorme, él consiguió reunir. El grueso de la escuadra era de naves españolas, pero *Filipón*² tardó demasiado tiempo en mandarlas. Por otro lado, unos pocos navíos venecianos, de la Serenísima República de Venecia, y algunos pequeños navíos de la Santa Sede. Todo junto colocado bajo el comando de Don Juan de Austria. Los navíos de la Santa Sede estaban comandados por el Príncipe de Colonna. La escuadra va hacia aquellas regiones y el Papa piensa, piensa... En cierto momento se aparta de su sala donde se estaba realizando la reunión de los cardenales y se pone junto a la ventana, al tiempo que se veía un pequeño un rosarito que caía de sus manos. Él reza el rosario entero, vuelve y dice: “Una gran victoria fue ganada por Don Juan: ila escuadra cristiana venció!”

Don Juan de Austria combatió, fue un gran guerrero, un héroe. En su sepultura en el Escorial, que yo tuve la alegría de visitar, está escrita como epitafio una frase que San Pío

V dijo de él: *“Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Ioannes!”* Lo que el Evangelio dice de San Juan Bautista, él lo aplicó a Don Juan de Austria: “Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan” (*Jn 1, 6*).

Pero, ¿quién obtuvo que la Reina del Cielo desde el cielo acertase las inmensidades vacías y con su mirada ganase la batalla? El Rosario rezado por San Pío V, que decía a Nuestra Señora: *“¡Auxilium Christianorum!”*

timo aliento y aún digamos *“Auxilium Christianorum”*, poco después el Cielo se abrirá para nosotros. ❖

(Extraído de conferencia del 23/5/1984)

- 1) Situada en São Paulo, en la Rua Maranhão, 341, Barrio Higienópolis.
- 2) Felipe II, Rey de España.



El Dr. Plinio en 1984



La búsqueda universal de lo sublime

Lo sublime verdadero existe sólo en Nuestro Señor Jesucristo y en la religión católica. Buscarlo en todo y amar las cosas en la medida en que son sublimes es una flor propia del espíritu católico, que encontraba en los cruzados su realización. Hoy en día, quienes no tienen ese ideal de cruzado no tienen medios para mantenerse en estado de gracia, excepto en situaciones muy raras.



En la adolescencia, tal vez más que en la infancia, al menos desde cierto punto de vista, hay un período en que el alma, especialmente la del niño, es impulsada por el entusiasmo de lo sublime y va a buscarlo. Pero al no encontrar una justificación intelectual de lo sublime, ni alguien en su entorno que ame lo sublime, que hable de él, que lo busque, surge una especie de bloqueo y de soledad que reduce al silencio esta sed de lo sublime que tiene el adolescente. Reduciéndolo al silencio, termina por extinguirlo. La persona entonces se vuelve utilitaria, con un espíritu que se preocupa en los estilos de éxito de los hombres que no tienen sublimidad.

San Francisco de Asís tenía alma de cruzado

En verdad, lo verdaderamente sublime existe sólo en la perso-

na de Nuestro Señor Jesucristo y en su Religión. Buscar lo sublime en todo y amar las cosas en la medida en que son sublimes es una flor del espíritu católico, que encontraba su realización en los cruzados. De hecho, con el ideal de cruzado, la meta sublime fue confiada al hombre sublime para que recurriendo a actividades y esfuerzos sublimes lo logre realizarla.

Se dice que San Francisco de Asís era un verdadero entusiasta de la caballería y que, antes de fundar la Orden Franciscana, tuvo una duda si debía abrazar la vida monástica o ser caballero. Para sus novicios, recomendaba lecturas de vidas de los santos e historias de caballería.

En nuestros días se pretende presentar a San Francisco de Asís como teniendo un delirio de amor por la naturaleza, restando de la persona-



Defensa de Salerno contra el ataque de los moros
Catedral de Salerno, Italia

Flávio Lourenço

lidad de este gran santo el aspecto de caballero. ¡Pero, San Francisco tenía alma cruzado!

El espíritu de caballería generaba el gusto por la sublimidad en todo. De ahí la presencia de lo sublime en la Edad Media, incluso en aquellos que fueron llamados a realizar tareas no propiamente sublimes. Un panadero llamado Maestro Juan, por ejemplo, dueño de una muy buena panadería, en su físico y en todo lo demás no tenía nada sublime excepto esto: la tendencia constante de darle al pan que hacía un sabor espiritualmente más elevado y, por lo tanto, más delicioso. La búsqueda del sabor perfecto estaba presente en una idea del pan sublime, y constituía el progreso del arte del panadero. Era un hombre cuyo gusto de la vida estaba en contemplar la sublimidad.

Debemos ser la contraofensiva de lo sublime

De esto vivía la Edad Media: de la paz de aquellos que no estaban destinados a la sublimidad como actividad, pero que buscaban importarla para regar su campo no sublime. Entonces la rosa sublime, el pan sublime, el traje sublime, la canción sublime, la sublimidad en todo. Propiamente, la Edad Media es esa omnipresencia de la sublimidad e, insisto de nuevo, incluso en aquellos que no eran sublimes.

Leí una obra de un historiador de la Edad Media que trataba de un aspecto curioso. Preguntaba, entre otras cosas, qué distracción podría haber en un castillo para los lugareños que vivían a su alrededor. En general, en una aldea o villa, la iglesia estaba dentro del patio del castillo porque no querían que fuera asaltada por los adversarios. Así que lo mejor de las murallas era proteger la iglesia. Pero en un período de paz los portones estaban abiertos y la gente iba a rezar a la capilla, en el patio del señor feudal. Y su distracción era ver cómo transcurría la vida de los habitantes del castillo, que comunicaban cierta sublimidad a todo lo que hacían. De hecho, el concepto de aristocracia fue naciendo de ahí como un perfume emana de una flor.

Esta búsqueda universal de lo sublime nació en último análisis del espíritu católico llevado, en lo que tiene de apetencia por lo sublime, a su apogeo por la Cruzada, en la que un ideal altísimo inducía al sacrificio de la vida. Nuestro Señor dijo que nadie puede ser más amigo de otro que ofreciendo su vida por él (*cf. Jn 15, 13*). Entonces, ante la sublimidad del Divino Redentor una persona, por amor a esta sublimidad, ofrece su vida y ella misma se eleva a un grado sublime.

El progreso de la espiritualidad católica a lo largo de los siglos debe conducir a este punto. Sin embargo, no puede no ser que el demonio quiera cortar el desarrollo de esta



Flávio Lourenço



William Hamilton (CC3.0)



María Antonieta siendo llevada a su ejecución, 16 de octubre de 1793
Museo de la Revolución Francesa, Vizille, Francia

espiritualidad. Por lo tanto, se hacía necesario que la Revolución fuera la contra cruzada, primero por lo banal, después por lo vulgar, por lo vil y, finalmente, por lo infame. Considerados bajo este punto de vista, los movimientos más avanzados de la Revolución tienden a la infamia, ya de una vez. Es la eliminación de toda cultura, de toda civilización, que son aún restos de la sublimidad que hubo en determinado momento. Por esta razón debemos ser la contrarofensiva de lo sublime. Es este amor a la sublimidad lo que nos explica.

Matar a una princesa como María Antonieta sólo fue posible porque el espíritu de la Caballería había acabado

Burke¹ tiene un pasaje muy bonito, que dice más o menos lo siguiente: “Que haya sido posible matar a una princesa como María Antonieta, sin que los cruzados de toda Europa se levantasen para evitar que esto sucediera, o para castigar a los que lo

habían hecho, fue una buena prueba de que los grandiosos siglos de la Caballería habían pasado”.

Durante su agonía moral, que probablemente sufrió despierta toda la noche, la víspera de ser guillotinado, y desde temprano escuchando los tambores que sonaban en todas las inmediaciones de París, convocando a aquellos malvados, sinvergüenzas, para asistir y ver su ejecución, María Antonieta todavía esperaba que un tal Caballero del Clavel –un anónimo que le envió cartas a la prisión de la *Conciergerie*, y quien declaró que en cierto momento estaría a su paso para liberarla– se haría presente.

De hecho, hubo un avance sobre el cortejo que la llevaba a la muerte, y debió sentir allí que el Caballero del Clavel se estaba aproximando. Pero él no tuvo las agallas para correr el riesgo hasta el final, y huyó con el grupo de compañeros que había reunido. Lo que parece confirmar aún más a Burke... Hasta aquellos que intentaron ser caballeros no llegaron al final y, puestos ante el peligro, no tuvieron coraje.

Es verdad que el espíritu de la caballería estaba muriendo, pero Nuestra Señora no permitió que muriera por completo, y dispuso que renaciera en la parte católica de un continente sin gran fuerza industrial, ni grandes éxitos económicos, que vivía de admirar e imitar a Norteamérica y Europa.

Quien, hoy en día, no tiene este ideal de cruzado no tiene medios para mantenerse en estado de gracia, excepto en situaciones muy raras. Por eso, en mi opinión, este espíritu de Caballería debería haber modelado a toda la sociedad civil hasta el más mínimo detalle. Sin embargo, se fue evaporando.

Apostolado de la sublimidad

Acabo de ver con tristeza, en una revista, varias fotografías de príncipes que en diferentes ocasiones aparecen apenas con camiseta, y reinas o princesas, sus esposas, más o menos en la misma situación. Es de cortar el alma...

Por ejemplo, la Reina de Dinamarca es una persona que se presenta bien, una princesa digna del cargo que ocupa. Pero, visitando su ciudad natal en Francia, donde va todos los

años de vacaciones con su marido, estaba vestida con una ropita cualquiera y tomando aspecto de una profesora de piano, como se presentaban en mi tiempo de niño, que iban de casa en casa para enseñar a las niñas, la mayoría de las cuales no tenía talento para tocar este instrumento; iban a mecanografiar el piano. Bueno, esa era la actitud de la reina, con la que parecía estar contenta. O sea, es lo sublime que se evapora.

Por otro lado, la sociedad civil, decayendo mucho, crea una situación en la que se hace difícil, si no imposible, que la sociedad espiritual se mantenga incontaminada de esa “peste” anti-sublime proveniente del orden temporal.

Así que, o la sociedad civil vive del encanto por lo sublime en todas las materias, o ella misma se pudre. Ahora, ese encanto encuentra su máxima expresión en la Caballería.

Por eso, la vida del hombre en la sociedad temporal se convierte en un apostolado constante, con la necesidad de luchar, no sólo para santi-



Reina Margarita II de Dinamarca en 1990

Maersk Line (CCS.0)

ficarse, sino para hacer este apostolado de la sublimidad.

Se trata de una militancia católica habitual, normal, estable, continua, debido al concepto de guerra psicológica que añade a la Caballería algo que es a manera de una mentalidad, por la que se libra esta guerra a favor de lo sublime.

podrán dejar de hacer la guerra psicológica contrarrevolucionaria.

En esto se encuentra el ideal hacia el cual realmente tiende nuestra vida espiritual. La teoría de Don Chautard de que la fecundidad de la vida interior es una condición para la fecundidad del apostolado sigue siendo totalmente verdadera, pero aquí adquiere una riqueza de contenido o de clave especial.

Esto eleva las cosas a niveles mucho más altos que los de la Edad Media, ni sé qué decir... Es el Reino de María para el cual la Edad Media nos sirve de punto de referencia.

De hecho, todo lo que yo afirmo sobre la Santa Iglesia es una explosión de amor por su sublimidad. Nunca me refiero a la Iglesia a no ser en términos de sumo encanto por su sublimidad, por más dolorosas que puedan ser las circunstancias actuales... Esto es tan connatural para mí, que si yo perdiera ese amor, moriría. ❖

(Extraído de conferencia del 9/9/1989)



Dr. Plinio en septiembre de 1989

Archivo Revista

Edad Media: punto de referencia para el Reino de María

El verdadero católico debe ser, antes y por encima del guerrero que lucha en la batalla convencional, el hombre que lucha en la guerra psicológica contrarrevolucionaria, continuamente, sin fatiga, porque tiene conciencia de que, una vez establecido el proceso de la Revolución, el demonio nunca más dejará de promover la guerra psicológica revolucionaria. Por lo tanto, los católicos nunca

1) Edmund Burke (*1729 - †1797), filósofo, teórico político y orador irlandés.



SANTORAL

1. San José Obrero.

San Jeremías, profeta. Prenunció la destrucción de la Ciudad Santa y deportación del pueblo israelita, sufriendo por esto graves persecuciones.

2. **San Atanasio**, obispo y Doctor de la Iglesia (+373).

San José Nguyễn Van Luu, mártir (+1854). Agricultor y catequista vietnamita, se entregó en lugar del presbítero Pedro Luu, y murió en la cárcel, en tiempos del emperador Tu-Dirc.

3. **Santos Felipe y Santiago el Menor**, Apóstoles.

San Estanislao Kazimierzcyk, (+1489). Canónigo regular en Kasimierz, Polonia. Diligente ministro de la Palabra, maestro de vida espiritual y asiduo en las Confesiones.

4. **Santa Antonina de Nicea**, virgen y mártir (+s. III/IV).

5. **San Hilario de Arlés**, obispo (+449).

San Sacerdote de Limoges, obispo y monje (+s. VIII). Fue obispo en Limoges, Francia, pero al final de su vida, volvió a la vida monacal.

6. **San Francisco de Montmorency-Laval**, obispo (+1708). Francés, primer Obispo de Quebec, Canadá. Durante 50 años ayudó a consolidar y aumentar la Iglesia, en toda América del Norte.

7. V Domingo de Pascua.

Santa Domitila, mártir (+s. I/II). Esposa del cónsul Flavio Clemente. Acusada de renegar de los dioses paganos, es deportada a la isla de Pandataria, donde padeció un largo martirio, muriendo sola y abandonada.

8. **San Víctor**, mártir (+c. 304). Soldado de las tropas imperiales de origen mauritano. Rechazó sacrificar a los dioses paganos y por esta razón, padeció diversos tormentos y muere decapitado.

9. San Isaías, Profeta.

San Pacomio, abad (+347/348). Recibió el hábito monástico de manos del anacoreta Palemón. Fundador de numerosos cenobios en Tebaida, Egipto y autor de una regla monástica que alcanzó mucha fama.

10. **Santa Solange (o Solangia)**, virgen y mártir (+c. siglo IX). Tenía 16 años de vida, cuando se sometió al martirio para conservar su castidad, en la ciudad de Bourges, Francia.

11. **San Ignacio de Laconi**, religioso (+1781). Capuchino de Cerdeña, Italia. Recorría las plazas de la ciudad y las instalaciones del puerto, pidiendo limosnas para socorrer a los pobres y más necesitados, aliviando sus miserias.

12. **Santos Nereo y Aquiles**, mártires (+s. III).

San Pancracio, mártir (+s. IV).

Santo Domingo de la Calzada, presbítero (+1060/ 1109). Tomó providencias muy útiles para la construcción de puentes y caminos, hospedajes y posadas para facilitar a los peregrinos el Camino de Santiago.



San Estanislao Kazimierzcyk

13. Nuestra Señora de Fátima.

San Andrés Hubert Fournet, presbítero (+1834). Durante el periodo del Terror en Francia, era párroco en Le Puy-en-Velay, con valentía fortalecía los fieles en la Fe. Restituida la paz, fundó el Instituto de las Hijas de la Cruz.

14. VI Domingo de Pascua.

San Matías, Apóstol.

Santa María Dominga Mazarello, virgen (+1881). San Juan Bosco fundó con ella el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora en Mornese, Italia.

15. **San Caleb**, (o Elesbaán) monje (+c. 535). Rey de Etiopía. Combatió los enemigos de Cristo en su reino, como una manera de desagraviar los mártires de Nagran. Más tarde envió a Jerusalén su diadema de rey y abrazó la vida monástica, cumpliendo una promesa hecha a Dios.

16. **San Simón Stock**, presbítero (+1265). Vivió como eremita en Inglaterra y después ingresó en la Orden Carmelita; fue elegido como sexto general de la orden y a quién la Virgen entregó el escapulario carmelitano.

17. **San Pascual Baylón**, religioso (+1592).



Santo Domingo de Calzada

18. San Juan I, Papa y mártir (+526).

Beata Blandina del Sagrado Corazón (María Magdalena Merten), virgen (+1918). Religiosa ursulina alemana, asoció con sabiduría la vida contemplativa a un excelente trabajo de formación integral, para jóvenes cristianas.

19. San Crispín de Viterbo, religioso (+1750).

20. San Bernardino de Siena, presbítero (+1444).

Beata María Crescencia Pérez, virgen (+1932). Religiosa argentina, perteneciente a la Congregación "Hijas de María del Santísimo del Huerto"; fallecida en Vallenar, Chile.

21. Domingo de la Ascensión del Señor.

San Cristóbal Magallanes, presbítero y compañeros mártires (+1927). Ufanos de profesar la Fe en Cristo Rey, les fue cegada la vida por los feroces enemigos de la Iglesia, en Méjico.

22. Santa Rita de Casia, religiosa (+1457).

23. San Atón, obispo (+1153). Después de ejercer el cargo de abad en el convento benedictino de Vallombrosa, fue nombrado obispo de la sede episcopal de Pistoia, Italia.



San Félix

24. María Auxiliadora.

San Vicente de Lerins, presbítero y monje (+450). Religioso del monasterio de Lerins, Francia. Ilustre en la doctrina y ejemplo de santidad de vida.

25. San Beda el Venerable, presbítero y Doctor de la Iglesia (+735).

San Gregorio VII, Papa (+1085).

26. San Felipe Neri, presbítero (+1595).

Santa Mariana de Jesús Paredes, virgen (+1645). Terciaria franciscana. Dedicó su vida a los indígenas y ne-



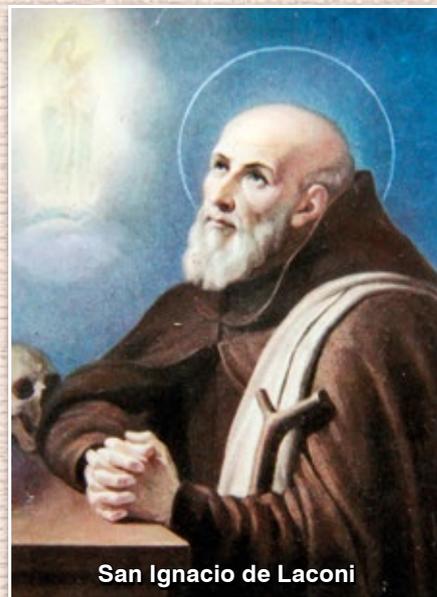
San Crispín de Viterbo

gros, socorriéndolos en su pobreza en la ciudad de Quito, Ecuador. Se consideraba hija de la Compañía de Jesús.

27. San Agustín de Canterbury, obispo (+604/605). Monje Benedictino, enviado por el Papa San Gregorio Magno para trabajar por la conversión del pueblo en Inglaterra. Primer obispo de Canterbury.

28. Domingo de Pentecostés.

San Guillermo I el Santo, monje (+812). Después de retirarse de la vida en la corte imperial, como Conde de Tolosa, funda el monasterio de Gellone, cerca de Narbona, Francia.



San Ignacio de Laconi

29. Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia.

San Maximino de Tréveris, obispo (+c. 346). Intrépido defensor de la Fe contra los arrianos. Acogió a San Atanasio de Alejandría en su diócesis y fue expulsado de esta por el propio emperador.

30. Santa Juana de Arco, virgen (+1431). La Doncella de Orleans, heroína nacional de Francia.

San Fernando III, rey (+1252). Hijo de Alfonso IX y primo de San Luis rey de Francia. Modelo de gobernante. Inicia la construcción de varias catedrales. Fundador de la Universidad de Salamanca. Conquista Ubeda, Córdoba, Murcia, entre otras.

San Lucas Kirby, presbítero y mártir (+1582). Siendo reina de Inglaterra Isabel I, lo sometieron a durísimos tormentos y fue condenado a la horca en Tyburn, Londres.

31. La Visitación de la Virgen María.

San Félix, religioso (+1787). Intentó entrar infructuosamente a los capuchinos durante diez años; finalmente lo recibieron los de Nicosia, Italia. Llevó una vida religiosa con mucha inocencia de corazón y gran humildad.



Contemplar el mundo maravilloso de las almas

Comentando algunos aspectos de la vida de San Ampelio el Herrero, el Dr. Plinio muestra la importancia de conocer las almas para admirar en cada una aquello que es recto, según Dios, lo qué sería ella si fuera enteramente fiel, y el grado de fidelidad que dentro de ella existe y la convierte en un reflejo especial del Creador.

El día 14 de mayo se celebra la memoria de San Ampelio el Herrero. Tenemos para comentar una ficha biográfica de este Santo¹.

Con un hierro en brasa expulsó al demonio

*San Ampelio, el Herrero, siglo V.
La vida de San Ampelio, apodado "el Herrero", está envuelta en la leyenda.*

da. Se dice que era originario de Egipto, herrero de profesión. Deseando la perfección, buscó a los solitarios de La Tebaida, proporcionándoles variados servicios, inclusive de su profesión.

Una vez, el demonio se convirtió en una joven impúdica y fue a tentarlo. El herrero, con un hierro al rojo vivo en sus manos, avanzó hacia ella para quemarla, espantándola para siempre.

Ya estando viejo, dejó la Tebaida y fue hacia las inmediaciones de Géno-

va, donde llevó una vida de santificación y contemplación. San Ampelio es el patrono de los herreros.

Bien entendido, afirmar que toda su vida sea legendaria es una forma de decir... Si está canonizado por la Iglesia, se tiene la certeza de que existió y de que, de hecho, fue santo. Muchas veces, esas primeras canonizaciones no se hacían regularmente. Había una inspiración del Espíritu Santo para todos, que hacía que la voz del pueblo considerara a alguien como santo. Y entonces, era de hecho, un santo. Pero allí también estaba comprometida la autoridad de la Iglesia, aunque sin el proceso regular de canonización que se hace hoy en día.

Aislamiento, silencio y extraños visitantes

Podemos imaginar más o menos lo que sería la vida de San Ampelio como herrero ambulante en la Tebaida del siglo V.

En este siglo, precisamente, la institución eremitaña estaba ganando su verdadero carácter, porque durante



San Ampelio - Iglesia de Santa María Magdalena, Bordighera, Italia

Bettyella (CC3.0)

los siglos anteriores, especialmente el III y el IV, en los Imperios romanos del Occidente y del Oriente, se perseguía mucho a los católicos y su vida era extremadamente difícil. Muchos huían hacia el desierto para no ser encarcelados o torturados. Allí pasaban a veces una larga vida, hasta los noventa o más años, en la tranquilidad absoluta del yermo, rezando a Dios y pidiendo por la Iglesia Católica, de tal manera perseguida.

Pero en esta tierra el Creador no permite que la vida de nadie esté exenta de grandes pruebas. E incluso pruebas heroicas, sufridas por personas que Dios ama más y que destina a prestar un servicio especial a la Iglesia.

No debemos suponer que el único martirio que sufrían estos ermitaños que iban a la Tebaida era el aislamiento y el silencio, lo que constituía un martirio. Uno puede imaginar en el hombre con instinto de sociabilidad y, por lo tanto, con la tendencia a comunicarse, lo que representa el sufrimiento de pasar cuarenta o cincuenta años sin ver absolutamente a nadie, a no ser uno que otro visitante que aparecía de vez en cuando, y que no se sabía bien quién era. A veces era un alma necesitada que habiendo oído hablar de ese ermitaño, emprendía un viaje arriesgado para pedirle oraciones. Sin embargo, muchas veces era algún bandido o criminal político que huía de la policía o de las autoridades; algún lunático, maniaco o incluso algún poseso del demonio que corría por esas zonas.

El hombre es hecho para la lucha y para el dolor

Hay que resaltar esta cosa curiosa y real. Los mismos yermos, lugares aislados, si no son muy bendecidos, a veces están especialmente infestados de demonios. Por ejemplo, ciertos bajíos pantanosos poco profundos, o grutas muy profundas, lugares donde nadie va, pantanos, zonas malolientes, etc., son lugares que



Monasterio de la Luz en São Paulo.
En destaque, San Antonio de Sant'Ana Galvão

fácilmente los demonios buscan como permanencia habitual, de donde salen a producir infestaciones. Estos ermitaños estaban donde podían. A veces eran lugares hermosos, a veces feos o comunes. Estaban allí, por lo tanto, sufriendo todos los inconvenientes del aislamiento, incluida una cierta presencia preternatural, en el sentido malo de la palabra.

Pero eso no es nada. El hombre está de tal manera hecho para la lucha y el dolor que cuando huye de ellas y se establece en el desierto, dentro de su alma surgen los problemas... nacen la lucha y el dolor. Y vienen, entonces, las pruebas interiores que a menudo son más terribles que las pruebas exteriores.

¿Y qué es una prueba interior? Un ermitaño va al yermo solitario; en los primeros tiempos experimenta una alegría, un consuelo, las gracias de Dios inundan su alma. Pero, poco a poco van alejándose y él comienza a perder toda la primera unción, se siente aislado, triste, deprimido, abatido y enfermo. De repente, las tentaciones comienzan a zumbear en el espíritu. Y con las tentaciones, no pocas veces se inician las infestaciones diabólicas.

La peor de todas las tentaciones es la tentación contra la fe. Él es invitado por el demonio a cuestionar

la propia religión católica. Los demonios se aparecen a veces a los ermitaños y fingen festines de Roma, de Alejandría y otros lugares donde ellos están. Los ermitaños sufren alucinaciones. Se da de todo.

Deseo de ofrecer a Dios el holocausto y la soledad

En el siglo V, el número de ermitaños era muy grande, ya no causado por el miedo a la persecución —que terminó con Constantino y la invasión de Roma por los bárbaros— sino determinado por el miedo a perderse en las ciudades y por la voluntad de ofrecer a Dios el holocausto de su soledad. Y hubo tantos en esa época, que se llegó a decir que el desierto estaba hormigueando de ermitaños.

En todas las épocas de la civilización cristiana hubo ermitaños en gran cantidad. El nuestro es el tiempo desafortunado sin verdaderos ermitaños.

A menudo voy por la tarde a la iglesia de la Luz, rezando mis oraciones en el camino de ida y vuelta. Y nunca dejo de recordar que, en las historias de São Paulo, se dice haber sido el barrio de la Luz poblado por ermitaños, que vivían en las redondeces y contornos del río Tietê, lo cual hizo de él un lugar particularmente poético por la



niebla que, en ciertas épocas del año, había en aquella zona más húmeda, y por la enorme cantidad de garzas que volaban de un lado a otro y encantaban a [San] Fray Galvão, cuando pasaba por ahí. ¡Qué diferente es el barrio de la Luz hoy en día!

Conocedor de los esplendores espirituales del desierto

Los ermitaños, tan numerosos en el siglo V, a veces eran servidos por caminantes callejeros que les llevaban cosas y hacían caridad con ellos.

Y San Ampelio llevaba una vida curiosa, con esta forma única de turismo: el de las almas. Un hombre que es herrero de profesión va gratuitamente a ayudar a tal ermitaño; más adelante se encuentra a uno que hizo tal milagro, y más allá a otro que se destaca por tal virtud. Así, él va conociendo alma por alma, volviendo a recorrer itinerarios cono-

cidos y proporcionando servicios con su trabajo del hierro, o haciendo alguna pieza que necesitaban para que su vida material fuese más fácil, etc. Probablemente sin hablar, recibiendo solo del ermitaño algún consejo, si se lo pedía, para su propia vida espiritual. Y luego seguiría adelante. Este es un verdadero *Guide Bleu* –la gran guía turística de Europa– de los esplendores espirituales del desierto. “Si quieres conocer a alguien que tiene el don de profecía, vuélvete por allí y baja; en esa cueva hay un anciano que posee este don; Si deseas ver a alguien que es heroico en las penitencias, sube a la cima de esa colina donde vive un joven que se flagela de una manera admirable. Más adelante verás a un ermitaño que se levanta del suelo, cuando saluda a Nuestra Señora al mediodía. Y al llegar la noche, verás a aquel otro que duerme en la serenidad, mientras afuera aúllan las fieras: es fulano, el gran ermitaño, cuyo sueño es edificante y trae paz a todos los que lo contemplan”.

Los verdaderos monumentos de este mundo son las almas

Probablemente San Ampelio, con sus dones de herrero, fue un visitante, un turista de la santidad a través de los desiertos. Y era movido, con certeza, por el encanto y el entusiasmo que le causaba el contacto con almas tan extraordinarias.

Si esta hipótesis –perfectamente plausible– es verdadera, entonces sabemos qué virtud podemos imitar de un santo del que solo tenemos generalidades en su biografía.

Deberíamos pedirle que nos obtenga una doble gracia: el discernimiento para percibir cómo son las almas, y admirar en cada alma lo que es

recto, según Dios, lo que sería si fuera completamente fiel y el grado de fidelidad que existe dentro de ella y que la hace un reflejo especial del Creador. Saber también discernir en las almas lo que es ruin, y *a contrario sensu*, seguir amando lo que es bueno.

Yo les garantizo que, si una persona dedicara su vida solo al estudio y al conocimiento de las almas, tendría una vida mucho más entretenida que si hiciera otras cosas. Ciertamente más que tomar un avión e ir a Nueva Delhi, de allí a Shanghái, y luego a algún lugar de América del Sur, América del Norte o Suecia; entrando en aeropuertos, alojándose en hoteles, viendo monumentos y quedando con el alma vacía. Los verdaderos monumentos de este mundo son las almas de los hombres. Y no hay nada más hermoso, más interesante y más atractivo que conocer las almas.

Conocer hombres “sin alma”

Confieso que la poca experiencia del contacto con las almas que me han proporcionado los pocos viajes que he hecho, lo que más me interesa es conocer las almas; incluso las almas de hombres “sin alma”, porque incluso éstas, *a contrario sensu*, son interesantes de conocer.

Recuerdo que una vez viajé de Río de Janeiro a París, al lado de un holandés que venía de Indonesia e iba a bajarse en Londres, y que no tenía alma.

Miré para él de reojo y pensé: “Pero qué horrible. Esa es una larga línea cubierta de carne, ¡él no tiene alma! ¡¿Qué es este hombre?!”

Debe ser interesante conversar para conocer el alma de un hombre “sin alma”. Así que comenté con él a respecto de cualquier cosa sobre la velocidad del avión, y hablamos en algunos momentos del viaje. Pude observar el vacío de un hombre completamente “sin alma” que se sentía bien en el cuerpo, porque era evidente que tenía una salud envidiable, y hacía de eso su alegría, pero siempre estaba compri-



Luis Samuel

miendo un alma que persistía en volver y decirle que no estaba satisfecha.

Así que había en él, además de mucha salud, horas de tanta tristeza, tanta amargura y tanto vacío, que hice de eso para mí un tema de meditación y, puedo asegurarles, de entretenimiento.

Más aún, cuando converso con alguna persona, con dos, o a veces con doscientas, me entretengo mirando las almas. Siempre aprendo algo y salgo con mejor capacidad de conocer mi alma, conociendo el alma de los otros.

Así que aquí hay una invitación para que todos comiencen a ser *amatoris animarum*, amantes de las almas, de la categoría de gente que ama las almas, disfrutando el conocerlas.

Alegría de Nuestro Señor cuando miraba a la Santísima Virgen

¿Habría algo en la vida de Nuestro Señor que fuese un ejemplo adecuado para esto?

Esa es toda la vida del Redentor. En todas las cosas que hacía, se puede ver un conocimiento perfecto de las almas con las que Él trataba, y todo ajustado a las condiciones y necesidades de esas almas.

O sea, Él estaba continuamente con su mente puesta en el Padre Eterno y en las almas con las que estaba tratando, considerándolas, inmediatamente y, a primera vista, como, por ejemplo, aquel joven rico. El Evangelio dice que Nuestro Señor lo miró y lo amó. Dicho de otra manera, vio su alma y lo amó por causa de su fidelidad. Cuando Jesús trataba con los fariseos, era el alma de ellos lo que Él veía y conocía hasta el fondo. Y así, con su sabiduría, su infinita santidad, removía hasta el fondo los acontecimientos de los pueblos con los que entraba en contacto.

Podemos imaginar cuál era la alegría de Nuestro Señor cuando miraba a Nuestra Señora y veía su alma perfectísima. No podemos tener idea del *gaudio* –alegría– que Él tenía con esto. Sin

embargo, podemos formarnos una noción indirecta al ver la imagen de Nuestra Señora de Fátima peregrina en su Sede, cuando refleja algo del alma de la Santísima Virgen. De tal manera encanta que atrae multitudes. En Venezuela, cuarenta mil personas fueron a ver la imagen, ciertamente no por verla en su materialidad, sino para observar una expresión de alma en una imagen.

Debemos amar a las almas desinteresadamente y dejar el “yo, yo, yo”

Si viéramos a Nuestra Señora en persona, ¿cuál sería nuestra impresión y nuestro sentimiento? ¡Algo simplemente incalculable!

Esto, ¿Nuestro Señor lo tenía en un grado llevado a qué auge cuando miraba a la Santísima Virgen? Y Nuestra Señora también cuando lo miraba a Él. Y cuando esas miradas se encontraban, Él decía: “¡Madre mía!”, y Ella: “¡Hijo mío!” ¡Qué entraba allí de comercio de almas! Es la relación más noble, más alta y más perfecta de toda la historia. Fue esencialmente una relación de almas.

Entonces, traten de conocer las almas y de interesarse por ellas.

¿Hay algún obstáculo para esto? Sí. Es cuando estamos tratando con los otros y no pensamos en sus almas, sino en nosotros mismos: nos volvemos incapaces de conocerlos. Cuando uno analiza a los demás, no para ver cómo

son, sino para observar qué efecto estoy produciendo sobre ellos; si estoy siendo considerado prestigioso, fino, inteligente; en fin, la “cabalgata de las vanidades”, se baja un velo sobre las almas de los otros, pues sólo se mira para sí y no se conoce a nadie.

Es necesario amar a las almas desinteresadamente, querer conocerlas como reflejo de Dios, acabar con el “yo, yo, yo”, con la idea fija de pensar en sí mismo. Y el tema de la meditación de hoy es contemplar ese maravilloso mundo de las almas, de lo cual San Ampelio, el Herrero, fue muy presumiblemente un modelo. ❖

(Extraído de conferencia del 14/5/1976)

1) Cf. ROHRBACHER, René-François. Vida dos santos. São Paulo: Editora das Américas, 1959. VIII, págs. 358 y 362.



El Dr. Plinio en 1976



Entusiasmo y alegría por el alma guerrera

Durante la Edad Media se entendía que, en la sociedad temporal, la más alta carrera era la militar, exactamente por el principio enunciado por Nuestro Señor: “Nadie tiene mayor amor que aquel que da su vida por sus amigos.” Por esa razón, las más bellas guerras de la Historia fueron aquellas que tomaron todo su sentido en el ideal religioso.

La nación alemana es tan militarista que el estilo militar invadió la vida civil. Los estudiantes tenían varias asociaciones, muchas de ellas fundadas hace siglos. Cada uno tenía un uniforme propio, llevaban una espada para esgrima, que era el deporte preferido por ellos.

Lo que el alma militar tiene de más bello

Vemos en una de las fotografías una ceremonia en la Corte. El Emperador uniformado, de pie sobre el estrado junto a dos tronos con un dosel. De tal manera el modo de ser militar impregnó la vida alemana que hasta las señoras mayores

Inauguración del Reichstag en el Salón Blanco del Palacio de Berlín por Guillermo II (25 de junio de 1888) - Museo Histórico Alemán



están tiesas y erguidas como un dragón de caballería. La Emperatriz, persona por cierto muy afable y simpática, tiene un poco la postura de una “generala”. Pero todo pasaba de un modo medio militarizado en la corte alemana, siempre impregnada por la idea de que el valor supremo de la existencia humana es la lucha y, por lo tanto, la guerra, la inmolación de la vida o la destrucción de vidas. En la música militar alemana las notas salen como si fuesen batallones, arrasando en el aire a un enemigo imaginario. Silencios perezosos se rasgan delante de ellos, y van batiendo, provocando, combatiendo, de manera que se tiene la impresión de que acaban tomando la ciudadela. Es la descripción magnífica de un combate o la musicalización de una parada. Cuando determinados instrumentos tocan unas notas, se tiene la sensación de estar viendo pasar al soldado alemán; cascos que se mueven, estandartes... Es la antigua Alemania Imperial que pasa delante nuestro.

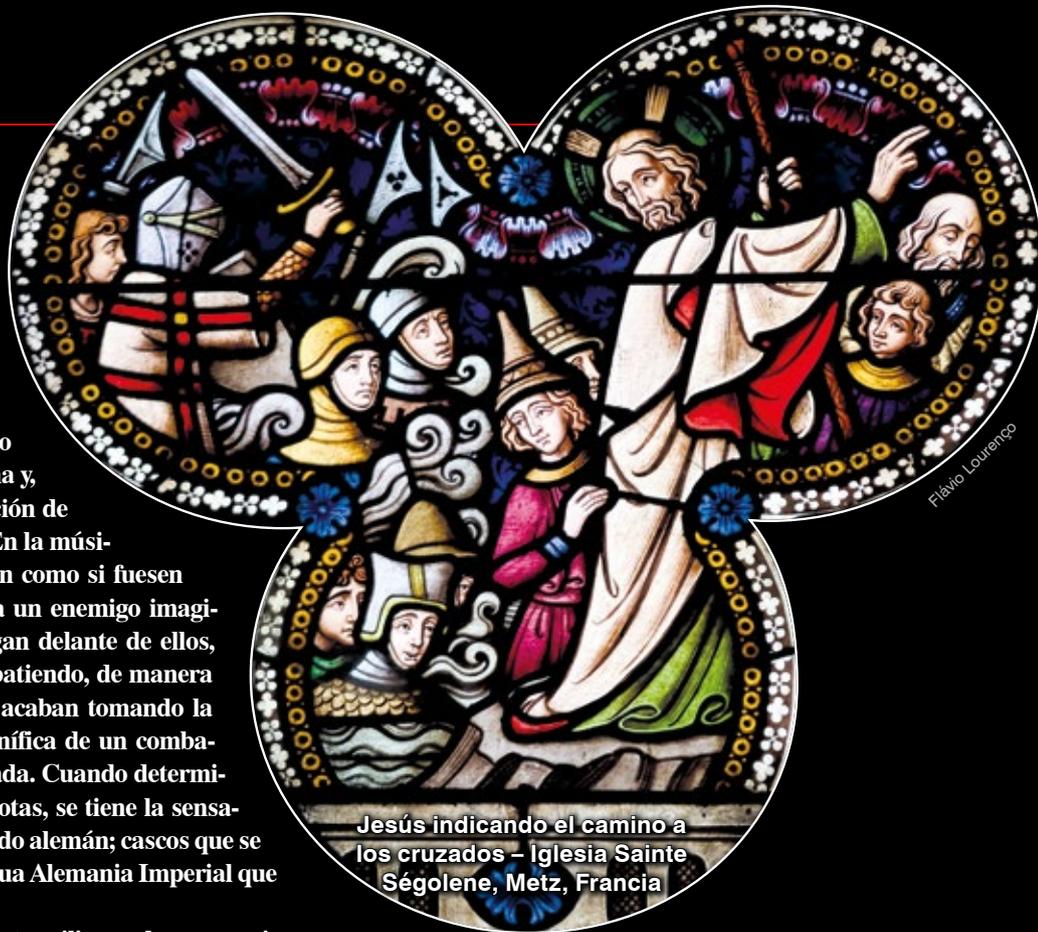
Por detrás del muy bonito aparato militar y de su sonoridad que, de modo tan natural interactúan, percibimos algo más bello: es el alma militar. Lo que ésta, a su vez, tiene de más bello es la decisión resultante de la profundidad del alma humana de entregar la vida por un determinado ideal. No es entregar la vida dejándose matar, sino destruyendo algo que no tiene derecho de existir, organizando contra un ilegítimo agresor una fuerza metódica, implacable y dispuesta a todo.

La vida humana no es el valor supremo

Lo bonito, entonces, no es sólo esta resolución, sino, por encima de ella, el idealismo. Si algo hiere al Derecho, la Ley, la Moral, no tiene la facultad de existir; y en nombre de la Ley, del Derecho y de la Moral es preciso tomar la iniciativa de luchar contra eso.

Se trata de una resolución tomada a la luz de un principio superior, determinando en el hombre una verdadera sublevación en el sentido etimológico de la palabra; un impulso de toda la personalidad, una movilización completa. No una movilización sin distancia psíquica, neurótica, de un tonto que toma un remedio cualquiera para quedar medio alucinado y va como una bestia a meterse encima de la bayoneta de los otros, sino de un hombre enteramente lúcido, señor de sí mismo, que apela a su propia personalidad y la coloca en lucha, y lo hace en una especie de acto de holocausto, que es el siguiente: “si debo morir, mi vida tiene pleno sentido porque me realicé enteramente”.

El hombre se realiza completamente cuando se da a algo que vale completamente. Entonces llegó a su pro-



Jesús indicando el camino a los cruzados - Iglesia Sainte Ségolene, Metz, Francia

Flávio Lourenço

pia plenitud. Sobre todo, cuando se da totalmente a riesgo de, después de la guerra, quedar lisiado, ciego, arrasándose como un inválido, a veces un pobre mendigo, o morir en la flor de la edad, o caer prisionero, ser maltratado. Sea cual fuere el riesgo, él lo decidió y lo hará. Lo ejecuta y sufre, pero en ese sufrimiento, el hombre va su ideal y por así decir, se realiza con su ideal.

Esto, en el fondo, tiene el siguiente sentido: la vida humana no es el valor supremo. La comodidad, la prosperidad, el confort, el propio placer noble y elevado de tener una cultura, una instrucción, familiaridad con altos pensamientos del espíritu, nada de eso constituye el fin de la vida. Consiste en algo que es más alto que la vida: el Derecho considerado en sí mismo, la Moral considerada en sí misma, el Bien considerado en sí mismo, en cuyo holocausto el hombre se inmola.

La más perfecta de las guerras de todos los tiempos fueron las Cruzadas

Mas, a su vez, ¿qué son el Derecho, el Bien, la Moral, considerados en sí mismos? La Doctrina Católica enseña que sólo existe un Dios supremo, perfecto, santísimo, Creador de todas las cosas, a cuya Ley todos deben obedecer. Él es el Bien, el Derecho. Dios premia al héroe y castiga al injusto agresor o al débil que no supo resistir a este último. Es decir, o esos principios se personifican en un Ser espiritual vivo, perfecto e infinito, o no tienen sentido.



Porque el Derecho en sí mismo... es lo que los latinos llaman *flatus vocis*, una palabra vaga, un sonido emitido por la voz. La Moral en sí misma... ¿qué sentido tiene el vocablo “moral” si no hay un Dios que me premia y me castiga, al cual tengo que amar porque Él es Él? E incluso aunque no me premiara y no me castigara, yo lo debería amar porque Él es perfectísimo y digno de todo amor.

Esto da el último sentido de la inmolación, del sentido militar. Por esa razón, la más bella y noble forma de guerra que se pueda imaginar es la guerra religiosa.

La guerra de las guerras de todos los tiempos y la más perfecta fue la de las Cruzadas para liberar el Santo Sepulcro y las poblaciones de los católicos de Oriente próximo, que estaban siendo oprimidos por los mahometanos. La Cruzada contra los cátaros y albigenses, las guerras de religión de la Liga Católica de Francia, las de los “Chouans”, de los carlistas, de los cristeros. Son las más bellas guerras de la Historia, porque toman todo su sentido en el ideal religioso.

Ahora viene la más alta consideración que podemos hacer: el alma de esos guerreros que murieron pensando en Dios. De un Roland, par de Carlomagno, que expira en Roncesvalles, entregando su alma al Creador. Esa alma que lo ama tanto es, ella misma, un reflejo de Él, se parece a Él, creada a su imagen. Dios se ve en ella como en un espejo y ese heroísmo que hay en ella es el reflejo de una virtud divina, un reflejo mucho más cercano que el león, el cual es un animal irracional. El héroe es un ser racional y, en su alma espiritual, el heroísmo ya es un reflejo mucho más cercano de Dios, porque el alma se parece mucho más al espíritu que a la materia.

La primera guerra santa de la Historia

¡Cuántas actitudes de Dios nos lo muestran como guerrero! Ordenando a San Miguel Arcángel que elimine a

los demonios que se rebelaron en el Cielo y los precipite en el Infierno. ¡Qué acto supremamente majestuoso! Dios, antes del comienzo de todos los siglos, levantándose en su indignación y dando la orden a San Miguel Arcángel de expulsar a los demonios. Se puede imaginar cómo debió ser esta manifestación de cólera divina, del desagrado de Dios, de la repulsa, del rechazo, del asco, y después, el castigo eterno, completo: *“Contra ellos mi odio implacable. Yo los cancelaré del lugar glorioso, de la perpetua y feliz permanencia en mi presencia, los arrojaré para siempre a un dolor sin remedio ni disminución ni consolación, en el lugar del fuego, de las inmundicias, del asco, de la blasfemia, la tortura. Detestados por mí por toda la eternidad.”*

¡Imaginen la majestad de esa sentencia! La belleza del triunfo de San Miguel Arcángel y de todos los Ángeles fieles que, en el Cielo, resistieron la prueba y, por así decir, desfilaron delante de Dios, recibiendo –ellos, los buenos guerreros que arrojaron a los demonios para el infierno– el premio por la guerra santa, la primera de la Historia, que ellos habían trabado. ¡Qué resplandores en el Paraíso! ¡Qué “desfiles”, qué “marchas”! Si, como sabemos, los Ángeles entonan un canto espiritual, ¿cómo habrán sido sus cánticos durante la guerra contra los demonios, y cómo podría ser el cántico de triunfo de los Ángeles fieles en el Cielo, mostrando a Dios los demonios derrotados? ¡Nadie puede tener una idea de la belleza de esto!

Pero, con el favor de Nuestra Señora, vamos a tener esta idea. Cuando sobre el mundo desolado, devastado, arruinado, casi todos los hombres muertos, toque la trompeta del Juicio Final, los cuerpos comiencen a resucitar y el Verbo de Dios encarnado baje a la Tierra en pompa y majestad, veremos al Creador dando también el fin a la gran batalla de la Creación. Va a llamar a todos los elegidos que se unirán a Él en un desfile procesional garboso y marcial. Y va a mandar al infierno, al lugar de los derrotados, a los malos que fueron aplastados en la lucha.

El alma guerrera, santísima y perfectísima de Nuestro Señor Jesucristo

Entonces tendremos el último cántico de triunfo de la Creación que va a celebrar la alegría y la majestad de la victoria de Dios. Nuestra Señora brillará con todo su fulgor; Ella, a quien las Sagradas Escrituras comparan textualmente con un ejército en orden de batalla, y que sola aplastó todas las herejías del mundo entero. Veremos a Nuestro Señor Jesucristo erguirse con aquella majestad que tiene el Santo Sudario, en el furor

Flávio Lourenço



Victoria de San Miguel y sus Ángeles contra los demonios
Iglesia de San Lorenzo de Morunys, España



Juicio Final – Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

de su indignación contra los malos y en el esplendor de su amor a los buenos, y veremos la separación hecha. El ejército de los buenos se quedará para siempre en el Cielo y el de los malos para siempre en el Infierno. Será el fin de la batalla y la victoria permanente de los buenos.

En ese momento tendremos refulgencias de Dios y veremos aquello que podríamos llamar el Alma guerrera, santísima y perfectísima de Nuestro Señor Jesucristo, llamado por las Sagradas Escrituras el León de Judá, y la de Nuestra Señora, la Reina de los ejércitos.

San Pablo decía que sólo sabía predicar a Jesucristo. Y añadió después: a Jesucristo crucificado (1Co 2, 2), entendiéndolo que todas las cosas perfectísimas, santísimas e insondablemente sabias que Nuestro Señor hizo en su vida, siendo todas ellas objeto de *enlevo*¹ constante de los hombres, sin embargo, como que se compendaban en el acto en el que dio su vida en la Cruz. Es decir, en el momento en que el hombre se inmola por algo, da todo cuanto podría dar. El holocausto, el sacrificio cruento contiene todo el resto. Es un ápice.

Por causa de esto, en la Edad Media se entendió que, en la sociedad temporal, la más alta carrera era la militar; y la clase social que seguía esa carrera era la más alta, o sea, la nobleza. Exactamente por causa de ese principio enunciado por Nuestro Señor: Nadie puede amar más a su amigo que dando la vida por él. (cf. Job 15, 13). Entonces, es aquel

acto de suprema identificación con los más nobles ideales, por los cuales alguien se ofrece en un holocausto cruento. He aquí el porqué de que la Iglesia haya canonizado hombres de todos los estados de vida, desde príncipes hasta basureros, desde Papas hasta humildes sacristanes, de todas las edades, etc., pero cuando ella habla de los mártires tiene un temblor en la voz y un *enlevo*² especial en los ojos. Nada más bello que ofrecer la propia vida. San Pablo ya dijo: Cristo crucificado excede a todo (Co 1, 23 – 25).

Lo bonito es que Nuestro Señor acepta, más que nuestros actos, nuestros deseos. Si tuviéramos el deseo intensísimo y cotidiano de vivir y morir en una guerra santa, aunque no fuésemos capaces de luchar durante ella, cuando muriésemos tendríamos la gloria del guerrero. Pero para eso sería preciso que tengamos un espíritu tal que, en cualquier momento en que la guerra santa explote, entremos en ella como Nuestro Señor Jesucristo tomó su Cruz: con entusiasmo, con alegría, besándola de satisfacción. ♦

(Extraído de conferencia del 12/1/1973)

1 y 2) *Enlevo*: no tiene equivalente en castellano. Alguien tiene *enlevo* cuando está maravillado, extasiado, encantado por algo sublime. Es un tipo de arrebatamiento.



Jesús cargando la Cruz – Basílica de Nuestra Señora del Rosario, Guatemala



Coronación de
María Santísima
Universidad Nuestra
Señora del Lago,
Texas, EE.UU.

Hija, Madre y Esposa de Dios

Los tres títulos principales de Nuestra Señora se refieren a su relación con la Santísima Trinidad: Hija del Padre Eterno, Madre del Verbo y Esposa del Espíritu Santo. Se comprende que esos tres títulos sean recitados juntos debido a la unidad de la Santísima Trinidad, y en este orden, por ser el que corresponde a las Personas Divinas.

También es muy adecuado rezar un Ave-María en alabanza de cada uno de esos atributos, pues es el saludo a Nuestra Señora por excelencia.

El hecho de que María Santísima sea simultáneamente Hija, Madre y Esposa de Dios crea en Ella una situación única, que es una relación individual con cada una de las Personas de la Santísima Trinidad.

Un místico, en el estado más alto de la Mística, o incluso el Ángel más elevado jamás tendría con cualquiera de las tres Personas la relación que la Santísima Virgen posee, porque aquellos establecerían un vínculo en el orden de la gracia, mientras que el de Nuestra Señora trasciende este orden.

(Extraído de conferencias del 29/10/1963 y 18/11/1976)